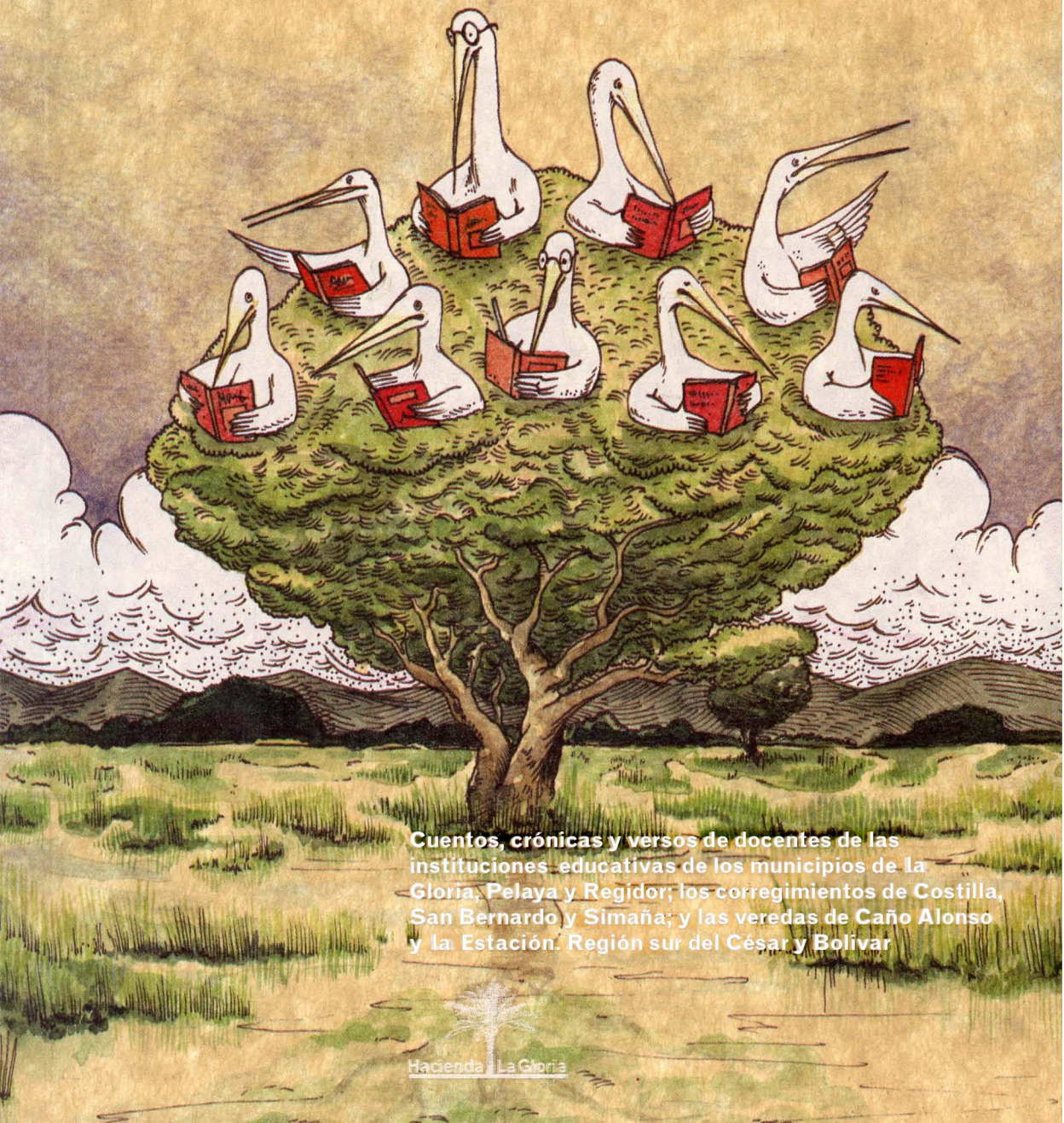


la voz propia

Laboratorio de Escritura y Lectura Creativas



Cuentos, crónicas y versos de docentes de las instituciones educativas de los municipios de La Gloria, Pelaya y Regidor; los corregimientos de Costilla, San Bernardo y Simaña; y las veredas de Caño Alonso y la Estación. Región sur del César y Bolívar

la voz propia

Laboratorio de Escritura y Lectura Creativas

Ramiro De Francisco Reyes
Gerente General Hacienda La Gloria

Ana María Yáñez
**Gerencia de Desarrollo Social y Comunidades
Hacienda La Gloria**

Javier Gil, María Sol Caycedo, Clarisa Ruiz
Fundación Grupo Liebre Lunar

Antonio García
Director Literario

José Luís Medina
Coordinador local

Lourdes Marchena
Logística

Mateo Rivano
Ilustraciones

Francisco Díaz-Granados
Corrección

Luís Mariño
Fotografía

© la silueta ediciones
Diseño

PROFESORES PARTICIPANTES: Carlos A. Aguirre, Enit Ávila, Édinson Benavides, Liney Carrascal, José Ángel Castellanos, Carlina Ditta, Vladimir Ditta, María Cristina Hernández, Pedro Daniel Hernández, Zabeida Hernández, Sary Hoyos, Jaqueline Jaime, Margarita Quijano, José Fernando López, Nelys María Lozano, Osiris Luna, Clara Sofía Márquez, Yadira Mejía, Eguis Palma, Delis Romero, Jairo Antonio Romero, Jairo Enrique Romero, Zulibeth Suárez, Aura Piedad Venecia, Rosalbina Zorro.

AGRADECIMIENTOS a las instituciones educativas participantes: Institución Educativa José Mejía Uribe, La Gloria; Institución Educativa de Nuestra Señora del Carmen, La Mata; Institución Educativa Francisco Rinaldy Morato, San Bernardo; Institución Educativa Ernestina Castro de Aguilar, Costilla; Institución Educativa Francisco Canossa, sede 3, Pelaya; Fundación Jardín Infantil, Pelaya; Institución Educativa Nacionalizada Integrada, sede 1, Pelaya, Instituto Araújo Cotes, Pelaya; Biblioteca Pública de La Gloria “Leticia del Ducca”; Corporación Biblioteca Departamental Rafael Carrillo Lúquez.

isbn 978-958-57210-0-5

la voz propia

Laboratorio de Escritura y Lectura Creativas

Experiencias literarias que nutren la vida y la calidad educativa

Cuentos, crónicas y versos de docentes de las instituciones educativas de los municipios de La Gloria, Pelaya y Regidor; los corregimientos de Costilla, San Bernardo y Simaña; y las veredas de Caño Alonso y La Estación. Región sur del César y Bolívar

Un proyecto de



Hacienda La Gloria

Concepto y producción

liebre lunar
arte, cultura y educación

Diciembre de 2011



índice

- 11** Presentación
Ramiro De Francisco Reyes
- 13** Introducción
Antonio García
- 15** Nutrir la vida
Grupo Liebre Lunar
- 25** Los profesores se presentan
- 33** Textos de los profesores
- 125** Quién es quién
- 129** Álbum

La Gloria





presentación

La política de desarrollo social y comunidades de la Hacienda La Gloria está orientada a propiciar un desarrollo sostenible en la zona de influencia del proyecto, que comprende tres cabeceras municipales: La Gloria, Pelaya (sur del Cesar) y Regidor (sur de Bolívar), más siete corregimientos y algunas veredas aledañas a la plantación. Todos nuestros programas e iniciativas están enmarcados en el concepto de Desarrollo de la Organización de las Naciones Unidas: “un proceso de vida que permite contar con alternativas y oportunidades en tres campos: 1. búsqueda del conocimiento; 2. posibilidad de tener una vida prolongada y saludable; 3. acceso a unos recursos que permitan tener un aceptable nivel de vida”.

El Laboratorio de Escritura y Lectura Creativas es justamente una iniciativa en la búsqueda de conocimiento y una herramienta para mejorar la formación de quienes, a su vez, están formando las nuevas generaciones de la zona. Durante este proceso pudimos identificar prioridades sociales y posibilidades de acción conjunta para el desarrollo de programas de innovación y calidad en los ámbitos de la cultura y la educación.

De la mano de la Fundación Grupo Liebre Lunar, el proyecto se inscribe en los ámbitos de la responsabilidad social señalados por las directrices de la norma ISO 26000, particularmente en los ámbitos de derechos humanos, participación activa y desarrollo comunitario, y ética, transparencia y gobernabilidad. Así mismo, el proyecto responde al primero de los diez principios del Pacto Global, basados en declaraciones y convenciones universales aplicadas en cuatro áreas: derechos humanos, medio ambiente, estándares laborales y anticorrupción, todo lo cual contribuye a que la empresa, dentro de su ámbito de influencia, apoye y respete los derechos humanos fundamentales reconocidos universalmente.

Definitivamente, este proyecto es una experiencia que vale la pena replicar, para que otros docentes tengan acceso a formaciones y actualizaciones innovadoras y de calidad, impartidas por personas de muy alto nivel, como fue el caso del escritor Antonio García. El compromiso y entusiasmo de los docentes demostró la importancia de un taller de formación de estas características.

Ramiro De Francisco Reyes
Gerente General
Hacienda La Gloria

introducción

Una de las cosas más bellas de la literatura es que puede ser muchas cosas: un refugio, unas alas, una trinchera, una varita mágica, un salvavidas o una navaja suiza. Y entre tantas cosas también puede ser una semilla que, si se siembra en el terreno adecuado y se cuida, puede brotar, crecer y dar frutos que a su vez contengan otras semillas. Eso creo que ha significado el taller “La voz propia: una siembra”. Y el libro que ustedes tienen en sus manos es, ni más ni menos, la primera cosecha.

Aún recuerdo mi primera sesión frente a este grupo de docentes de Regidor, la Mata, Pelaya, Costilla, La Gloria, San Bernardo, Caño Alonso, La Estación y Simaña. Tanto ellos como yo estábamos a la expectativa. Ni siquiera todos se conocían entre sí, pero podía sentirse el ánimo y la disposición de aprender y participar, aunque quizá les suscitara alguna duda el cachaco de chanclas y camiseta que salpimentaba su discurso con chistes y comentarios burlones. Esa misma tarde ya se había roto el hielo y las carcajadas iban y venían, así como las observaciones agudas, las preguntas inteligentes, la sana réplica y el debate en ocasiones acalorado. Así fue el tono del taller: festivo y deliberante. Desde los primeros ejercicios ya se veía un arsenal de talento que, para la mayoría, había permanecido guardado. Cada participante fue construyendo una obra que era reflejo de sus inquietudes, sus vivencias y su personalidad. Desde el tono humorístico hasta el trascendente, desde lo íntimo a lo colectivo, se formó un coro de voces que son testimonio de una geografía, una historia y un momento del país.

Este libro es tan solo una muestra de ello. Hubo textos maravillosos que por razones de espacio no podían caber acá, pero son prueba de que los participantes borronearon muchas cuartillas y, entre las correcciones y los comentarios de sus compañeros, fueron afinando su pluma en diversas enumeraciones caóticas, crónicas, cuentos, perfiles y demás ejercicios que fueron surgiendo a lo largo de estos cinco meses. Las jornadas, a veces, eran largas y agotadoras, pero el espíritu del grupo no desfallecía. Siempre hubo el apunte preciso, el comentario mordaz, la palabra inteligente que despertaba los ánimos. Había también una sana competencia que los mantenía alerta y no faltó la ocasión que pudo suscitar alguna rencilla; pero todos, sin excepción, fueron un ejemplo de camaradería y generosidad que vale la pena resaltar en este país donde por tanto tiempo ha campeado el odio y el resentimiento.

Estoy muy agradecido por el fervor y la constancia que demostraron, pues el taller sumaba obligaciones y esfuerzos que no eran remunerados,

había que dejar de lado sus clases, sus familias, abrirle campo a la literatura en medio de la lucha por la subsistencia (muchos de ellos tienen, además de su trabajo docente, un segundo oficio que les ayuda a costearse la vida). No era fácil, después de ocho horas de sesión, llegar por la noche a escribir. Que lo hicieran fue uno de los mayores incentivos que tuvo para mí esta bonita experiencia.

Además, este proceso los acercó a las bibliotecas municipales y de sus respectivos colegios. En La Gloria, donde tuvimos los últimos encuentros, pude ver cómo exploraban los anaqueles de la biblioteca y comentaban entre sí los hallazgos. Libros que antes permanecían acumulando polvo y olvido regresaron a la vida gracias a la curiosidad y el apetito lector que se despertó en algunos de ellos. Solo me resta decirle a cada uno de los profesores que sigan cultivando la pasión por los libros, que continúen escribiendo y que siembren ustedes sus semillas, para que cada alumno sea un campo fértil como el que fueron ustedes. Suyo,

Antonio García Ángel

nutrir la vida

Han transcurrido medio año desde que se inició el proceso del Laboratorio de Escritura y Lectura Creativas del sur de César y Bolívar, y la presente publicación da en buena parte razón de las actividades realizadas. Se entretienen en estos textos los hilos de una experiencia que relacionó a un grupo de profesores, escritores y gestores visitantes. Días de diálogos, lectura, escritura y comidas compartidas. Tiempo *de tiempo* para ir labrando la convivencia, labrando la escucha, los acercamientos, la colaboración, la confianza, posibles intercambios. Un espacio para desvincular el lenguaje del orden pedagógico, del camino de los reglamentos, las metas y las finalidades. Distancia que libera y renueva las fuerzas y las ideas. Un espacio que invita a otras lógicas posibles, a experimentar otros usos del lenguaje, para experimentar el placer de generar transformaciones, de producir literatura. Metamorfosis que nos permite actualizar la siempre necesaria esperanza de alcanzar lo imposible. El LABORATORIO invitaba a hacernos valer no tanto por lo que sabemos sino por nuestros deseos y voluntad de ir al encuentro de los demás y de la voz propia. Porque en ese encuentro en el territorio del lenguaje, en ese compartir, descifrar y expresar símbolos es que se prepara el nuevo saber. Vencimos miedos, modorras, desconfianzas... vergüenza de tropezar... El LABORATORIO DE ESCRITURA Y LECTURA CREATIVAS fue ante todo un espacio cultural. Una zona de intermediación entre la educación y la vida cotidiana, entre el Caribe y la Sabana, entre el espíritu empresarial y el artístico, zona de encuentro y renovación de los diversos países que somos. Esta fue una práctica cultural basada en la práctica artística de la literatura, una entre muchas que es necesario fortalecer en nuestras comunidades, por ser la base de nuestras identidades y de una ciudadanía cultural democrática.

La Voz Propia: una apuesta por la cultura y el arte

La principal razón de ser del Grupo Liebre Lunar es la voluntad de promover la integración de las prácticas artísticas y culturales en toda aproximación al mejoramiento de la calidad de vida, la cohesión y el desarrollo de comunidades. El arte y la educación artística, al propiciar un encuentro singular, directo y sensible con la cotidianidad y las situaciones que nos rodean, se hacen fundamentales para materializar la aspiración de un genuino ejercicio de la ciudadanía y un real reconocimiento de la diferencia y la diversidad culturales. Las prácticas artísticas hacen posible un modo de pensamiento afín a lo impredecible, al asombro, a lo divergente y lo flexible, por lo que su frecuentación nos prepara para lo desconocido, más aún en tiempos en los que la incertidumbre, la velocidad y lo inesperado

son constantes. La empresa patrocinadora de este espacio cultural y los rectores y rectoras de las instituciones educativas participantes comparten esta convicción de que es necesaria una aproximación a la vida que integre lo material y lo inmaterial, la fortaleza espiritual y la prosperidad económica, para lograr mejores futuros para todos.

La inversión en espacios de expresión creativa para nuestros educadores responde a los derechos humanos y culturales de primera, segunda y tercera generación. Así se garantiza: 1. la libre expresión y desarrollo de la personalidad, 2. la movilización y el reconocimiento del potencial creativo y cultural de las comunidades en su diversidad, 3. la capacidad de diálogo intercultural, 4. el derecho a la educación de calidad. Estas son condiciones para la paz y la prosperidad de los pueblos. Las prácticas artísticas no son, entonces, asunto de talentos excepcionales ni asunto secundario en nuestras vidas. Todo ser humano puede y requiere movilizar su potencial artístico. Todos somos pintores, diría el antiguo profesor que proclamaba la igualdad de las inteligencias como punto de partida de la educación. Dibujar, bailar, cantar, cocinar, escribir versos no es potestad de unos. Nuestra educación admite cada día más la necesidad de integrar las funciones que movilizan el cuerpo de manera integral para lograr una mejor constitución del ser humano.

En estos hermosos territorios del sur del César y de Bolívar la riqueza biológica y cultural debe proyectarse con equidad. Para ello es necesario propender por el acceso no solamente a los bienes culturales masivos, como la televisión, la radio y la Internet, sino a bienes más personales, como los libros, el cine, los conciertos, el teatro, las artesanías. Bienes que llegan y son consumidos o son producidos desde las capacidades propias. Es importante sumar esfuerzos para la valoración, rescate y renovación de las manifestaciones propias, el patrimonio cultural impreso en la lengua, el cuerpo, lo sonoro y lo visual de las comunidades que habitan la región. Patrimonio que está vivo y se renueva, y que, con la imaginación y la fuerza de las nuevas generaciones, tiene ya nuevas propuestas. Esta base cultural, necesariamente construida entre todos, entre el recuerdo del pasado y el anhelo del futuro, motiva una educación más pertinente y animada. Más allá de un entrenamiento para las pruebas del Instituto para la Evaluación de la Educación (ICFES), esta es una experiencia vital que demanda poner en juego las diferentes capacidades del ser de cada participante y que aspiramos haya impactado su compromiso con la educación y la vida en general de sus comunidades.

Lecturas y escrituras creativas apoyando la calidad y la renovación educativas

Desde hace ya casi una década, Colombia ha hecho del fomento a la lectura una de sus políticas prioritarias, esto en consonancia con la certeza de que la lengua y el texto continúan siendo los motores de la sociedad del conocimiento. Sin embargo, el índice de lecturabilidad en Colombia, que es de 1,6 libros por persona al año, no ha logrado incrementarse, a pesar de los planes de lectura, la implantación de bibliotecas públicas y las ediciones populares. Si bien es cierto que mayores esfuerzos de inversión son necesarios y que un cambio cultural requiere perseverancia y sostenibilidad para implantarse, es también indispensable revisar el enfoque predominante con que entendemos lo que son la lectura, la escritura y el mismo libro. Las políticas se reorientan a reconocer el valor de la literatura como camino real para lograr sembrar el gusto por la lectura, y que esta sea una lectura creativa capaz de movilizar verdaderamente un pensamiento significativo en individuos críticos y autónomos. Hablamos de una *literatura al alcance de la mano*, literalmente, que ame tanto a los clásicos como al novel escritor que tenemos a nuestro lado, luchando por recrear la vida en sus relatos y conformar una voz capaz de conjugarnos a muchos en ella. Ese escritor está caminando día a día por los lugares donde nosotros también caminamos.

Desde la más temprana infancia, presentamos un nido de competencias que los padres, la escuela y los maestros deben nutrir para lograr su desarrollo. El lenguaje es música en la que el niño puede leer los movimientos del alma de quienes lo rodean, es el cordón umbilical que lo ata al mundo, no para acondicionarlo y hacerlo obedecer –lo que bien puede ser, aunque no exclusivamente–, sino para permitirle recrearlo, transformarlo e imprimirle un sentido propio. Ser escuchado y ser objeto de lenguaje, son procesos a través de los cuales nos constituimos como seres humanos. “Hacer existir al otro a través del lenguaje será una operación que permanecerá vigente toda nuestra vida. Esta es la razón profunda por la cual el adulto se siente negado en su existencia cuando alguien se niega a dirigirle la palabra”, nos dice el profesor Evelio Cabrejo Parra. Haciendo eco de estas palabras, el LABORATORIO ha sido un lugar en el cual la disponibilidad para escuchar y dialogar son primordiales. La oralidad es tan importante como la escritura misma. Lo que hacemos es no desmembrarlas y darles importancia desde la primera infancia hasta el ser adulto.

Es necesario, nutrir a todo ser, “desde la cuna hasta la tumba”, con leche, caricias y lenguaje poético. La alimentación simbólica está compuesta de legados y de memoria que se transmiten de generación en generación, y es posible reconstruirlos, si están perdidos, e inventarlos, renovarlos y proyectarlos, con júbilo y esperanza. Ese lenguaje poético es

alimento de niños, jóvenes y adultos, insistimos. Permite hacer presencia en la ausencia, interiorizar o, en otras palabras, pensar, y con ello adquirir autonomía y distancia ante el mundo fáctico. La literatura genera una intimidad en la que es posible repetir el disfrute, satisfacer el deseo, y con ella se practica la imaginación placentera. La literatura es una actividad compartida que demanda atención, estar presente, porque uno a otro se sostienen: autor, texto y lector.

El proyecto literario del LABORATORIO estuvo orientado a desarrollar la flexibilidad en los docentes y demás participantes, la admiración por las contribuciones de cada cual, el reconocimiento de las observaciones externas y el conocimiento literario de cada quien, todo ello encaminado a incentivar un pensamiento creativo, diverso y abierto. Aquellos docentes que toman la creatividad como una capacidad humana valiosa promueven la autodominio y la ingeniosidad y ayudan a que los niños y jóvenes a su cargo puedan convertirse en ciudadanos activos participativos. Las escuelas que involucran a artistas y docentes creativos ayudan a educar a los jóvenes en una cultura que identifica las artes como un recurso social, que no es no meramente recreativo o de entretención, sino la base de una sociedad libre. La libertad se hace posible en ese encuentro con el otro que no cohibe la posibilidad de pensar, sentir, imaginar. En la lectura, en la escucha, somos siempre libres de dar vuelo a nuestro pensamiento. Sin creatividad, el significado de ciudadanía pierde el sentido de participación activa, porque la participación depende de la libertad y es en esa tensión que logramos adaptarnos a las normas y los retos prácticos y éticos que impone la vida en sociedad.

El Laboratorio

Participaron en el LABORATORIO veinticinco docentes, diecisiete mujeres y ocho hombres, de trece instituciones educativas de tres municipios y seis corregimientos de los departamentos de César y Bolívar: Pelaya, La Gloria, La Mata, Regidor, Simaña, San Bernardo, La Estación, Costilla y Caño Alonso. Estos docentes, en sus diferentes cursos, acompañan a cerca de dos mil setecientos niños y jóvenes de la región.

Su finalidad fue la de contribuir al desarrollo sostenible de valores y relaciones sociales y de ciudadanía en la región, como parte de la implementación de políticas y prácticas culturales y educativas responsables de la empresa Hacienda la Gloria. El objetivo determinado fue el de ampliar y fortalecer la práctica, el conocimiento y el disfrute de la expresión literaria y comunicativa de los docentes de la región mediante la realización de un laboratorio de experiencias creativas centrado en la lectura y la escritura.

Entre los logros obtenidos podemos mencionar la presencia de un escritor profesional que ha obtenido reconocimientos internacionales como director del LABORATORIO y su capacidad para conectar de manera confiada con los docentes; la lectura y la interpretación creativa, así como la autoría de más de setenta textos que permitieron a sus autores adueñarse del lenguaje y ser conscientes de sus propias posibilidades como narradores, lo que como docentes les brindó seguridad para adelantar cambios en sus propias vidas, en sus aulas y en sus comunidades. Ellos conectaron sus historias a sus experiencias de vida. Podemos afirmar que los textos se hacen así “relevantes” y se ejercita la valoración de los textos propios (la voz propia), a la par con los textos de autores reconocidos y recomendados por otros.

Los docentes experimentaron que escribir literatura de calidad es reescribir a partir de su propio marco imaginario y desde el ejercicio de una apertura cultural a la diversidad y la alteridad. Experimentaron también que todo texto se interpreta y puede ser leído de múltiples maneras. La literatura es, pues, un lugar de negociación dinámica, en lugar de una imposición. El LABORATORIO recalcó el hecho de que la lectura y la escritura son dos instantes de un mismo proceso, de manera que la lectura no puede ser pasiva y permite oportunidades para una coautoría creativa. En el LABORATORIO se pudo también experimentar con el lenguaje mismo, como detonador de otras actividades artísticas y hacia otras áreas del conocimiento, ya que el mismo texto literario puede servir de inspiración para la pintura, la danza, el teatro, la música, el cine. Profesores de ciencias y matemáticas, y no solo de lengua castellana y comunicación, estuvieron entre los participantes. Ellos expresaron su satisfacción y atestiguan que encuentran útil esta experiencia para el trabajo en sus respectivas áreas. Durante el laboratorio, en el segundo módulo se abrió un concurso literario para los estudiantes de los docentes participantes, el cual tuvo una mediana participación. Niños de tres rangos de edad propusieron sus textos a través de sus docentes. Este libro incluye los textos ganadores.

El LABORATORIO permitió también dos ejercicios de participación en concursos del Ministerio de Cultura a nivel nacional. El primero, en el programa “Leer es mi cuento”, del Plan Nacional de Lectura y Escritura, con el proyecto para la elaboración de un blog denominado La Voz Propia, adscrito al LABORATORIO DE ESCRITURA Y LECTURA CREATIVAS. En este caso no resultamos ganadores. El segundo ejercicio fue el concurso para la selección de nuevos miembros de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa (Relata), que contaba con 67 talleres en todos los departamentos del país y pasaba a aceptar 20 talleres más. En este concurso participó el profesor Eguis Palma y su propuesta para la realización de un taller en Pelaya fue acogida. Estos esfuerzos contribuyen a conectar a la región con estas políticas departamentales y nacionales de fomento de la cultura, la lectura y las escrituras, siendo este un logro para la región y un paso más en la integración de la nación y la fortaleza cultural del país.

A lo largo del LABORATORIO se entregó una decena de lecturas, entre cuentos, entrevistas a autores, literatura para niños, revistas literarias, ejemplares de la colección Libro al Viento y el manual de Talleres de Escritura Creativa del Ministerio de Cultura. Igualmente se entregaron libros a profesores y niños participantes de los ejercicios o concursos, y cajas lectoras con una colección de títulos nacionales de gran interés para cada institución educativa participante. Todo lo anterior viene a constituir el componente de dotación del LABORATORIO y hace parte del programa de responsabilidad social de la Hacienda La Gloria.

Vale la pena también mencionar el compromiso de los rectores y su colaboración con el LABORATORIO, espacio que no ofrece una certificación validada por el Ministerio de Educación. Si bien fue difícil la comunicación vía digital y se evidenció la necesidad de acercar mucho más a los docentes a la cultura digital y el uso de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), se logró que una gran mayoría digitalara y enviara sus textos por la red. Todo lo anterior permite pensar en seguir adelantando procesos similares, así la región podrá integrarse a la cultura digital, condición para que los niños y jóvenes ingresen a la sociedad del conocimiento como agentes activos.

La región literaria

Los textos que a continuación se presentan fueron trabajados y vueltos a trabajar en numerosas ocasiones por sus autores en compañía de Antonio García, Clarisa Ruiz y el corrector de estilo Francisco Díaz-Granados. Sin embargo, tienen la bondad de no haber sido transformados en gran medida y que todos ellos dejan escuchar el proceso en que se encuentran estos autores. Algunos de ellos son escritores con oficio que han participado en concursos departamentales y han sido premiados y publicados. Otros se aproximaron a las formas narrativas por primera vez. En la gran mayoría de los textos, se podrá anotar una voluntad de ir al encuentro de la voz propia por parte de los autores, desde su realidad y sus territorios, su lengua y sus modismos, su memoria y sus deseos, sus juicios y sus puntos de vista. Otros cuantos están más cerca de narraciones esquemáticas, eco de textos periodísticos o escolares que narran hechos cotidianos propios de la vida social actual, pero en los que la presencia de realidades próximas aflora y da pinceladas de vida original.

Ningún tema fue impuesto, y por ello resulta interesante una lectura del panorama que presentan los textos, que no fueron encausados para ser lectura de ningún público específico; en consecuencia, estamos primordialmente ante necesidades de enunciación más que ante deseos de complacer un público infantil y juvenil. Algunos escritos pintan la vida escolar y las relaciones entre alumnos, padres y docentes. Es interesante que no siempre estén destinados a dar lecciones o valorar actitudes. Muchos simplemente cuentan, y esto es valioso. Algunos se acercan a la fábula y están impregnados de un lenguaje

apropiado para los niños. No pocos tienen como preámbulo una caricia al paisaje, al contexto natural o son un saludo de reconocimiento al maravilloso Río Grande de la Magdalena, al olor a tierra mojada, que da seguridad, a ese entorno cenagoso y abierto al infinito que cumple una función maternal y que los autores suelen contraponer a los problemas sociales, también presentes en algunos textos. Otros, jocosos, se dedican a evocar personajes de su medio de manera bastante vivida. Los autores reconstruyen el mundo que los rodea, salpicando el relato con palabras inventadas, que no dejan de tener su belleza. Estos cuentos “picosos” permiten al lector penetrar en muchos niveles la vida de la región: la condición de género, el trato que se da a las diferencias culturales, los valores que circulan, la vida pública.

Muchos de los textos se vuelven hacia hechos históricos y anécdotas que dan forma a la región. Hay, sin lugar a dudas, una ambición por enunciar el pasado lejano o el más cercano. Unos dan voz a sus antepasados, otros dan cuenta de episodios épicos, otros necesitan expresar lo inefable, el dolor y la crudeza de acontecimientos que dejaron una huella, no solo en esta región sino en muchas otras regiones del país, cuya superación pasa por la posibilidad de hacer memoria, que es una vía para poder construir otros y nuevos futuros. Recordemos aquí las palabras del escritor Elías Canetti en su ensayo *La profesión del escritor* de 1976:

No puede ser tarea del escritor dejar a la humanidad en brazos de la muerte. Consternado, experimentará en mucha gente el creciente poderío de esta: él, que no se cierra a nadie. Aunque esta empresa parezca inútil a todos, él permanecerá siempre activo y jamás capitulará, bajo ninguna circunstancia. Su orgullo consistirá en enfrentarse a los emisarios de la nada, y en combatirlos con medios distintos de los suyos. Vivirá de acuerdo con una ley que es suya propia, aunque no haya sido hecha especialmente a su medida, y que dice: No arrojarás a la nada a nadie que se complazca en ella. Solo buscarás la nada para encontrar el camino que te permita eludirla, y mostrarás ese camino a todo el mundo. Perseverarás en la tristeza, no menos que en la desesperación, para aprender cómo sacar de ahí a otras personas, pero no por desprecio a la felicidad, bien sumo que todos las criaturas merecen...

Para Canetti, el escritor es custodio de las metamorfosis, custodio en un doble sentido. Por un lado, en cuanto es estudioso de las literaturas, será lector. “Podría emplearse una vida entera a interpretarlas y comprenderlas, y no sería una vida mal empleada”. Y es custodio también en cuanto está dispuesto, contrariamente a muchos valores de su sociedad, a practicar elpreciado oficio de la metamorfosis.

Metamorfosearse en cualquier ser, incluso en el más ínfimo, en el más ingenuo. Su deseo de vivir experiencias ajenas desde dentro no debería ser determinado nunca por los objetivos que integran nuestra vida normal u oficial; debería estar libre de cualquier aspiración a obtener éxito o importancia, ser una pasión para sí, precisamente la pasión de la metamorfosis. Para ello haría falta un oído siempre alerta [...] que permita percibir lo que un ser humano es detrás de sus palabras, lo que de reserva vital hay en él. Es un proceso misterioso, casi inexplorado aún en su naturaleza, y que, no obstante, constituye el único acceso real al otro ser humano.

En estas palabras, que son a la vez de despedida y bienvenida, escuchemos la voz de un autor que nuestros profesores tuvieron como referencia en el LABORATORIO. Ejemplo para muchas generaciones, Jairo Aníbal Niño recorrió el país con su profesión de escritor a costas, contagiando de amor por la literatura a niños, jóvenes y adultos.

Considero que el poeta es el responsable de la alegría humana. Al conocer a este pueblo, me he dado cuenta de que aún en los momentos de más dura tragedia hay una capacidad para el humor y para la alegría, que es lo que nos garantiza la supervivencia. Si no fuera por eso, sería la desaparición total de la vida. He comprendido que ante la eterna contradicción entre Eros y Tánatos, uno debe estar al lado de Eros. El pueblo precisamente le enseña a uno a ver la vida de esa manera. Hay mucho dolor, hay mucha tristeza, pero si creemos en el futuro y si creemos en la supervivencia del hombre, esto se logrará fundamentalmente a través de la alegría.

La lectura de los textos literarios de los docentes nos deja la convicción de que estamos ante personas que tienen ese don de ser voceros de un presente y un futuro con mayores ilusiones, bondades, disponibilidad para la vida mejor entre todos. Con esta experiencia crecimos todos interiormente, al acercarnos más unos a otros en el misterioso ejercicio literario. Estamos seguros de que otros muchos libros florecerán en esta región del Cesar y de Bolívar y un núcleo de mujeres y hombres sabrá seguir cultivando una tradición literaria para hacer de esta una región cultural ejemplar, reconocida por su riqueza natural y espiritual.

Grupo Liebre Lunar





los profesores se presentan

*Institución Educativa José Mejía Uribe,
La Gloria, Cesar.*

José Fernando López.



Soy feliz cuando de Luís Fernando, mi hijo, hacen excelentes observaciones en el colegio. Paso todo el día pensativo cuando hay alguna queja y él mismo me dice: voy mal en biología. Amo la comida con fríjoles, garra, huevito y tajada frita, aunque me deja pensativo el día que mi esposa prepara verduras y otros ingredientes a los que ella llama sopa. Me gusta tomarme mis cervecitas con amigos del colegio, porque al calor de la sangre empezamos a recordar pendejadas de muchachos. Pero me disgusta cuando comienzan a hablarme de cerca con el tufo y la saliva bañando mi cara. Soy amante de la lectura, aprovechando la calma de ciertas noches, pero me da tristeza cuando después de haber leído algunas páginas, no aguanto el ardor en los ojos y noto que las palabras huyen de sus líneas.

María Cristina Hernández.



Me gustan los fríjoles rojos, pero no me gustan sus efectos sonoros. Me gustan las plantas, pero más me gusta el hechizo del aroma que expiden sus flores. Me gustan los platillos que prepara mi abuela, pero más me gustan sus mimos y caricias. No me gustan los insultos, pero me encantan los piropos. Tengo una palabra amable para todo el mundo, pero no hablo de nadie. Soy una persona abierta a los demás, pero no me gusta cuando no soy correspondida.

Yadira Mejía.



Me gusta correr por las calles en una tarde soleada. Me gusta la aurora, por el trinar de los pájaros. Me gusta el olor que brota de la tierra cuando caen las primeras gotas. Me gusta bañarme cuando llueve, para sentir el golpe de las gotas en mi espalda. Me gustan los hombres altos, morenos y apasionados, y que tengan título de abogado. No me gustan las ranas, porque se sienten muy frías. No me gusta la oscuridad, la soledad ni las películas de espanto, erizan los pocos bellos de mis brazos. No me gusta que me den cantaleta, porque se me sube la bilirrubina.

Instituto Técnico Integrado, La Gloria, Cesar.

Carlina Ditta.



Me gusta saludar a las personas y brindarles una sonrisa para contagiarlas. Me gusta observar cuando la luna entrega su turno al sol y las estrellas corren para no desfallecer por el calor. No me gusta la soledad ni la oscuridad, porque ellas me entristecen. No me gusta cenar tarde, porque sueño con duendes y me devoran y me dejan sin sangre.

Pedro Daniel Hernández.



Me gusta la naturaleza, pero no me gusta cuando la lesionan. Me gusta la comida de monte, mas no me gusta la caza indiscriminada. Me gusta la política, mas no me gusta la politiquería de mi pueblo. Me gustan las mujeres, pero las prefiero veteranas. Me gusta ayudar al necesitado, mas no me gusta esperar nada a cambio. Me gusta que me critiquen, pero no me gusta cuando lo hacen para hacerme sentir mal. Me gustan los designios de Dios, pero no me gustan sus consecuencias. Me gusta mi pueblo, mas no me gusta el atraso en el que se encuentra. Me gusta la biblioteca pública, pero no me gusta que no hemos sabido darle su valor.

Jairo Antonio Romero.



Me gusta la crítica, pero cuando es constructiva. Me gusta mi profesión, pero no los comentarios sin justificación. Me gustan mis hijos, pero lo difícil es ponerlos a estudiar. Me gustan las comidas con salsas, pero en mi organismo son un desastre. Me gusta mi esposa, pero en ocasiones no me entiende.

Concentración Escolar Alfonso Araujo Cotes, Pelaya, Cesar.

José Ángel Castellanos.



Me gustan los libros como vehículo para llegar a mundos desconocidos. Me gusta leer, esto mejora mi comunicación y conocimientos. Me gusta la naturaleza, pero también la ciudad, porque brinda oportunidades. Me gusta escribir, así mi memoria quedará para futuras generaciones. Me gustan más las caricias que las palabras. Me gusta lo natural más que lo artificial. Me gusta Pelaya, aquí está mi trabajo y las personas con las que convivo diariamente. No me gusta la gente que se complica y se amarga la vida por nada. Me gusta que mi hija me busque, esperando mi ayuda.

No me gusta la mediocridad. No me gustan los pesimistas. No me gusta la corrupción, acaba con las ilusiones de los pueblos.

Clara Sofía Márquez



Me gusta el cantar de los pajaritos al amanecer. Ser amable y servicial con las personas. Caminar por la calle mientras llueve... aunque me haga daño. Escuchar música vallenata, Caminar en la playa sintiendo como la brisa golpea en mi cuerpo. No me gusta el engaño y la mentira. Las personas que quieren aparentar lo que no son. Ver llorar a los niños. El desapego familiar. Los relámpagos en noches sin luz eléctrica.

Escuela Francisco Canossa, Pelaya, Cesar.

Rosalbina Zorro.



Me gusta mi trabajo, el deleite de mi espíritu, aunque tenga que sacrificar muchas cosas de mi vida personal. Me gusta contemplar a mi hijo y tocar cada uno de los dedos de sus manos cuando está dormido. Me gusta el olor que emana de la tierra después de la lluvia. Me gustan los paseos con mi familia y contemplar el ocaso. Me gusta mi trabajo y todo lo que él implica. Me gustan las tardes tranquilas que paso en mi casa. No me gustan los juegos de azar ni los chismes. No me gusta llegar tarde a las reuniones. No me gusta que me regañen, aunque el otro tenga la razón. Definitivamente, no me gusta cocinar.

Osiris Luna.



Me gusta oír los pájaros trinar al amanecer. Me gusta que me hablen en un tono suave y me den un abrazo. Me gusta servir sin recibir nada a cambio, y sentir la satisfacción que deja el servicio. Me gusta contemplar los atardeceres de mi pueblo cuando el sol se oculta entre la cienaga Sohaya. No me gusta ver niños maltratados por causa de la violencia. No me gusta ir a la casa donde viví mi niñez por que el ser que me dió la vida ya no está a mi lado.

Jaqueline Jaime.



Me gusta el silencio, amigo fiel y sincero. Me gusta sentir el aire al recorrer los estoraques inmersos en las montañas de mi pueblo nortesantanderiano. Me gusta sentir la tranquilidad que me produce el verde infinito de la naturaleza. No me gusta la deshonestidad, porque trunca el desarrollo de los pueblos.

Fundación Jardín Infantil, Pelaya, Cesar.

Eguis Palma.



Me gusta encontrarte enredada entre mis sueños, contar uno a uno tus años a mi lado, el mar, el aire puro, la brisa fría de la montaña. La risa inocente de mis hijos es música para mis oídos. Me gusta escuchar mi nombre entre tus labios mientras duermes.

Institución Técnica Agropecuaria Héctor Manuel Vides Ballesteros, Regidor, Bolívar.

Enit Ávila.



Me gusta el olor a leña. Me gusta el crujir del fuego cuando la devora. Me gusta la tierra y lo que de ella brota. Me gusta el viejo, por sabio. Me gusta la luna de todos. Me gusta el sol, aún cuando a todos quema. Me gusta leer, tener, caminar, cambiar, ignorar. Y verte.

Vladimir Ditta.



Me gusta la suave caricia de la mujer que me acompaña. Me gusta el grato recuerdo de un pasado que ya no vuelve mañana. Me gusta la sutil sonrisa de una mujer en embarazo. Me gusta la felicidad que produce un niño en mis brazos. No me gusta el amor comprado. No me gusta la erosión en los cerros, porque nos está llevando al caos. No me gusta la injusticia social que impera en el país está. No me gusta la política, porque está acabando nuestro país.

Jairo Enrique Romero.



Me gusta tu cara inocente de niña angelical y tu mirada coquetona, como las olas del río. Besar tus labios tiernos y dulces. Me gusta el despertar de la aurora y ver el rocío mojar las plantas, porque en el frío de las mañanas siento ser el abrigo que tanto te hace falta. Porque estando junto a ti no hay nada más lindo que escuchar al gallo cantar, a la abeja volar y al canario trinar. No me gusta que se pase el tiempo y me faltes tú. Porque sin ti nada es posible en mi andar.

Escuela Rural Mixta Caño Alonso, Caño Alonso, Cesar.

Zulibeth Suárez.



Me gusta el olor que brota de la lluvia al caer sobre la tierra seca. Me gusta mirar un arco iris después de la lluvia. Me gusta la tranquilidad después de la tormenta. Me gusta mirar los niños jugar en el parque. No me gusta el sufrir de muchos niños abandonados. No me gusta el

ruido de las bombas. No me gusta el dolor de una madre al ver morir a su hijo. No me gusta ver los ancianos abandonados por su familia.

Institución Educativa Ernestina Castro de Aguilar, **Costilla, Cesar.**

Zabeida María Hernández.



Me gusta estar cerca del corazón de las personas que amo, porque esto me hace feliz. No me gusta el llanto que brota fruto del maltrato a los niños, porque en sus manitas están anidando los sueños por cumplirse.

Aura Piedad Venecia.



Me gusta la lluvia, los amaneceres y los atardeceres de mi pueblo, pero verlos en la ciénaga Sahaya. Me gusta el sabor de la vida y viajar por mi país. Me gustan los ratos de soledad y sacarle el jugo a lo bueno. En cambio, no me gustan las injusticias ni la politiquería ni la corrupción de mi país. Tampoco me gusta la violencia que nos toca vivir. No me gusta ni el alcohol ni el cigarrillo y rechazo la charlatanería sin sentido del borracho.

Institución Educativa Nuestra Señora del Carmen, **La Mata, César.**

Carlos Alberto Aguirre.



Me gusta la libertad que se siente al jugar, donde cada quien se muestra como es. Me gusta la humildad, que gana más que la altivez. Me gusta la sopa caliente y la gente que alegra el ambiente. Me gusta la libertad que se siente al jugar, donde cada quien se muestra como es. Me gusta la sonrisa de un bebé. Me gustan más las caricias que las palabras. Me gusta lo natural más que lo artificial. Me gusta la mañana fría en tiempo de verano y amanecer arropado. Me gusta lo simple. No me gusta la gente que se complica y se amarga la vida por nada. Me gusta que mi hija me busque esperando mi ayuda; jugar con mis hijos y tener la sensación que ese momento jamás será olvidado.

Édinson Enrique Benavides.



No me gusta que seres insensibles se metan en mi vida ni las personas que hieren con la lengua, arma mortal insaciable. Me gusta componer canciones a las mujeres, ya que son el complemento de la vida. No me gusta ir al sanitario y no encontrar agua o papel. Me gusta el buen humor, porque el que ríe nunca envejece. No me gusta

estar en silencio, porque me enfermo de soledad y tristeza. Me gusta ver la felicidad en los niños, porque son el futuro del mundo.

Nelys María Lozano.



Me gusta la alegría de los niños bajo la lluvia. Me gusta el aroma del café recién hecho. Me gusta el olor a tierra húmeda. Me gusta el aroma del campo en tiempos de cosecha. Me gusta el aire puro y fresco que se respira en el campo. Me gusta la sinceridad y decir las cosas de frente. No me gusta maltratar ni que maltraten a los animales. Me gusta contemplar un bello atardecer y ver el declinar del sol cuando se pierde en el horizonte. No me gusta ver que se rindan con facilidad cuando surgen los obstáculos. Me gusta ver cuando se enfrentan con valentía ante los avatares de la vida. No me gusta la miseria ni la pobreza por la que atraviesan los damnificados de nuestro país.

Escuela Rural Mixta Molina, Molina, Cesar.

Delis Esther Romero.



Me gusta escuchar en la madrugada el sonido de un acordeón. Me gusta reírme a carcajadas y sentirme libre. Me gusta la franqueza y lealtad en tu mirada. No me gusta que otros quieran imponerme sus ideas. No me gusta tu insistencia y terquedad. No me gusta cuando muestras lo que no eres. No me gustan los mentirosos, porque camuflan sus inseguridades.

*Institución Educativa Francisco Rinaldy Morato,
San Bernardo, Cesar.*

Liney Carrascal.



Me gusta el cantar de los pájaros al amanecer. Me gustan las mariposas de colores que adornan la naturaleza. Me gustan los atardeceres de mi lindo pueblo. No me gustan los charlatanes, porque cansan y aburren con su palabrería. No me gustan las discusiones que nos alejan de los seres queridos.

Sary Esther Hoyos.



Me gusta confrontar mis temores, por la satisfacción que me produce el haberlo intentado. Me gusta mirar al infinito, porque descubro la grandeza de un Dios. No me gusta que me ignoren, porque me hace sentir inútil. No me gusta hablar mucho, porque digo lo que no debo.

textos de los profesores

José Fernando López	37	Enit Ávila	87
El viejo ventilador		Los famosos	
La falsa felicidad de don Goyo		Enumeración caótica	
María Cristina Hernández	43	Vladimir Ditta	93
El Espanto de Anthony		Matacuras	
Yadira Mejía	47	Jairo Enrique Romero	97
De gorra en gorra		El pueblo fantasma	
Carlina Ditta	49	Zulibeth Suárez	99
La casa que botaba monedas de oro		Huevo de Pisca, Gitano y Primo Hermano	
Pedro Daniel Hernández	51	Zabeida María Hernández	101
Bollo Mojoso		Noche de Terror	
Jairo Antonio Romero	57	Aura Piedad Venecia	105
Sueños hechos realidad		Cosas del destino	
José Ángel Castellanos	61	Carlos Alberto Aguirre	109
Recordar es morir		Esperando el progreso	
El gigante egoísta		Édinson Enrique Benavides	111
Clara Sofía Márquez	69	Hablando un poquito de La Mata	
Las fiestas del maíz		Nelys María Lozano	113
Rosalbina Zorro	73	Tarde trágica	
El Lado que no vemos		Delis Esther Romero	115
Osiris Luna	77	¿Fantasía o Realidad?	
La Granja de don Erasmo		Liney Carrascal	117
Jaqueline Jaime	79	Abandono	
¿Qué le pasa a María?		Sary Esther Hoyos	121
Eguis Palma	81	De este año no paso	
¿Qué mató a nuestros ancianos?			





I

José Fernando López

1. El viejo ventilador de techo

2. La falsa felicidad de don Goyo

1. El viejo ventilador de techo

El viejo ventilador de techo fue el culpable del terrible insomnio de aquella mañana de domingo. El arcaico aparato había sido restaurado por más de un técnico, de los muchos que existían en el pueblo. Decidí llevárselo a “El maestro”, quien nunca recibió título alguno como docente ni mucho menos como técnico en aparatos eléctricos, pero al que el pueblo entero llamaba así por su gran experiencia y efectividad para reparar objetos de este tipo. Los técnicos del lugar, todos sin excepción, habían pasado por su “escuela”. Allí en su taller era muy común observar a diario a decenas de discípulos suyos haciendo consultas sobre el oficio, a las que atendía algunas veces burlonamente. “Para ser buenos tienen que estudiar, hay que prepararse”, les decía. En otras ocasiones, bastante enojado, eludía las consultas prometiendo hacerlo más tarde o al día siguiente.

Deseoso de que me atendiera pronto para aprovechar algunas horas de la mañana y recostarme un rato, bien temprano le llevé el ventilador. Después de describirle los antecedentes del daño, el maestro procedió a examinar el aparato. Lo destapó con algo de dificultad.

—Esta vaina está pegada –dijo–. ¡No sé por qué tienen que apretar estos tornillos tan duro, carajo!

Una vez consiguió abrirlo, empezó a probarlo utilizando varios aparatos de marcación numérica, de los que yo poco entendía, acompañándose con una vieja canción que silbaba suavemente.

—¿Qué es lo que tiene, maestro? –pregunté impaciente.

—La vaina está grave –dijo, ya enojado–. Alguien le metió mano a esto y lo que hizo fue medio arreglarlo.

—¿Seguro, maestro? –le comenté, un tanto adormitado.

—Seguro, si quiere mire usted mismo –respondió, mostrándome el ya casi desahuciado ventilador–. Lo que hicieron fue robarle la plata, porque le soldaron estos cablesitos, en vez de embobinar todo el motor.

A esa hora ya empezaban a llegar al taller los clientes y algunos mecánicos que venían con una que otra preguntita para el maestro. Deseoso de irme a dormir rápidamente, le pregunté el costo de dejar el aparato andando. La respuesta del técnico hizo que el voraz sueño se me apartara bruscamente. Arrugando la cara, decidí salir del taller.

—¿Entonces qué, le metemos mano o no? –interrogó ansioso el técnico.

—Maestro, ahí le dejo el ventilador. Déjeme y yo le aviso más tarde.

Camino a casa, buscaba la forma de mejorar mi ventilación para esa noche y las noches venideras. Estaba difícil la situación. Pero lo que más rabia y tristeza me daba era no haber sido capaz de decirle al famoso maestro que tan solo hacía tres meses él mismo había reparado mi viejo ventilador de techo.



2. La falsa felicidad de don Goyo

Es común en todos los pueblos pequeños encontrar desde casas humildes y calles polvorientas hasta infinidad de problemas sin solucionar, problemas que se convierten en pista de aterrizaje para las mentiras de todos los políticos, que cada cuatro años aparecen con el mismo cuento de siempre: solucionar todas las dificultades de agua potable, de energía eléctrica, de aguas negras, de desempleo, y hasta la solución a problemas que no existen. Tal fue el caso de un desubicado candidato que dentro de sus promesas incluyó la pavimentación del río Magdalena. Lo malo no son las mentiras de los políticos, lo malo es que siempre les creemos. La Gloria no es ni será la excepción. A pesar de todo, este pueblo sigue siendo uno de los más pacíficos para todos los que lo visitan. “Dónde dejaste los soldados, general Maza”. “En La Gloria”, respondió el astuto general al interrogante del estricto Bolívar. Desde entonces siguió siendo llamada La Gloria, aunque Maza no se refería a esta Gloria exactamente: el muy avispado los embarcó, a pesar de contradecir las órdenes de su superior, hacia la gloria celestial.

Es La Gloria uno de esos bellos lugares donde todavía encuentras a vecinos dialogando frescamente por entre los amplios espacios que dejan las cercas de guaduas de sus patios, donde las gallinas y otros animales de corral permanecen todo el día en el solar del otro, sin que esto sea motivo de problemas. Si la comadre Juana necesita un poquito de manteca para el arroz del almuerzo, no hay ningún apuro. Doña Sixta con gusto se lo presta. Es tan vivible este pueblo que todo el mundo sabe cómo se llama el otro. Aquí los apodos abundan. Los hay tan simples como “Mañeculo”, hasta algunos un poquito más originales. Es el caso de la señora a la que su marido, luego cogerla con las manos en la masa, le echó agua hirviendo en las partes nobles, y todo el pueblo la bautizó como la “Pan Quemao”.

La pequeña emisora que hay en el pueblo a veces es sustituida por un muchacho que, megáfono al hombro, reparte información por doquier. En este sitio bendecido por Dios, al

difunto todavía se le rezan completicas las nueve noches, y en su propia casa. Aquí los ladrones solo roban chucherías, y aún existe el personaje que cura con plantas, el que reza la lombriz de los bebés, la que te fuma el tabaco para conseguir amores imposibles. Todavía algunos niños juegan a la lleva y al papá y a la mamá debajo de la cama. La tecnología no es imprescindible para muchos. Allí está don Goyo, por ejemplo, recostado en su nueva silla plástica. Pareciera estar cansado, se le nota lejano. A don Goyo poco le importa saber qué es internet, qué es un correo electrónico, y la única memoria que conoce es la de su cabeza, con algunos pelos blancos transformados a la fuerza en negros brillantes.

Hoy luce postrado en su elegante silla Rímax. Saluda a todo el que pasa por la concurrida callecita con su arrugado y pellejudo brazo, acompañándolo de un disminuido “Adiós”. Todavía logra dar algunos pasos torpes y desiguales. Su único amigo, un elegante bastón vinotinto con la figura de una serpiente en su mango, se ha convertido en su apoyo inmediato. Tiene una felicidad falsa, estoy seguro, porque en su segunda soledad, la de su cuarto, el vía crucis empieza con el extenso ritual de sentarse en la cama, algo tan sencillo como sentarse es ya un tormento para él, sufre de tremendos dolores lumbares producto de fuerzas desmedidas en su juventud. Necesita ayuda para quitarse los zapatos y volvérselos a poner.

Don Goyo es el patriarca de una recua de casi tres generaciones que se apostaron en su casa, y él, pasado de buena gente, no ha tenido el coraje de sacar volando del rancho a más de uno. La bullaranga del lugar contrasta con su soledad. Me agrada conversar con don Goyo porque siempre tiene algún cuento para referirme, algunas veces, aunque me los repite, yo me río con la misma gracia de la primera vez. Es feliz cuando se le pregunta por épocas pasadas. Uno se lo imagina trotando por la sabana en su caballo negro, buscando amores o persiguiendo al ganado cimarrón para llevarlo enlazado de la poderosa cabeza de su silla de montar. “Eran tiempos bonitos”, suspira don Goyo, mientras pierde

su mirada en los recuerdos. Me temo que dentro de algunos años habrá que cambiar su silla Rímax por una mecedora. La curvatura de su espalda ya no se acomoda a la de la silla. Poco a poco se acaba su pasatiempo favorito, la lectura, la inexorable disminución de su vista ya no le permite leer cuanto papel se atravesase en su camino.

Temeroso de que el sol caliente su cabeza teñida, don Goyo cambia de acera, a la velocidad de una tortuga centenaria. Allí lo encuentro con su infaltable bastón debajo del frondoso árbol de oití.

—¿Cómo está, don Goyo? —le digo cuando me le acerco.

—Aquí, aprovechando la luna —responde con su sonrisa de setenta y cinco años.

—Hoy voy de carrera, don Goyo, así que no me puedo demorar mucho.

No me responde nada. Cuando me alejo, le noto la tristeza, mientras sus manos tiemblan como queriendo decirme algo. Cuando estoy a punto de cruzar la callecita, escucho su voz carrasposa y entrecortada, que me dice:

—¡Por favor, no se te olvide pasar mañana!



María Cristina Hernández

El espanto de Anthony

Él era robusto, alto y de cabello excesivamente liso, medio trigueño. Tenía un cuerpo musculoso, mientras que sus compañeros eran flacos y de estatura mediana. Como de costumbre, entraba por una de las cuatro puertas del negocio cantando sus canciones vallenatas, que se opacaban con el bullicio de la calle, los pitos de los carros y los gritos de los vendedores callejeros de todo tipo de mercancías. Con mucho entusiasmo, dijo en voz alta: “Compañeros, los invito al cumpleaños del primer año del pelao”. Ellos, complacidos, aceptaron la invitación. “El chino” le dijo: “¿Qué vas a brindar?” “Bueno, ustedes saben que es una fiesta de niños”, respondió él. El día fue bastante movido, era viernes, pero no se sentía mucho, por el ambiente de camarería que existía allí.

Ya terminada la jornada, caminó hacia el parqueadero donde guardaba su motocicleta, un poco pasada de moda, pero muy útil aún para el desplazamiento. Al llegar a su casa abrió la puerta de madera marrón, algo envejecida y con una cerradura que crujía por falta de aceite. Entró y dijo: “Mija, mija, sírveme la comida, que vengo hambriento”. Flor, cariñosa, le dio un beso y calentó la comida. Al sentir ese olor tan agradable, sus papilas gustativas se aguaron. En el plato había un tremendo bocachico con dos pedazos de yuca y un plátano amarillo, acompañados de una jarra de aguapanela, que comió y bebió

con mucho agrado. Y dijo: “Ahora que me repose, el trabajo empieza para mí. Pienso pintar las paredes mugrientas del frente de la casa”.

Anthony se puso cómodo, con ropa de trabajo, pantaloneta, camisilla y una cachucha volteada que lo hacía ver gracioso. Sacó una larga escalera con un pote de pintura, el cual guindó a un lado del penúltimo escalón. Con mucha energía, subió a la parte más alta y empezó su labor con largos brochazos y silbando alegremente. Eran ya casi las doce de la noche y no terminaba, cuando de pronto vio que por la esquina venía una mujer. Mientras tanto, Flor decoraba la sala con bombas y cintas que enmarcaban las paredes, una mesa con un mantel azul y recordatorios llenos de sorpresas y golosinas.

Silbando animadamente, calculó cuándo iba a pasar la mujer y entonces le dijo con voz coquetona: “Regálame una sonrisa”. La mujer ya mostraba las espaldas y su larga cabellera, así que se volteó. Y fue tal el impacto de Anthony al ver que no tenía rostro, que cayó bruscamente al piso. Flor, al sentir el golpe, salió angustiada y lo vio tendido inconsciente. Y gritó “¡Auxilio, auxilio, se muere, ayúdenme!” Los vecinos, al sentir los gritos, se levantaron a auxiliarla. Eran Petrona, gorda y bajita; Pedro, su marido, y Juan y Jaime, los dos hijos. De inmediato, entre todos lo cargaron y lo acostaron en el sofá de la sala. Sus ojos estaban volteados y su piel temblaba. Flor trajo una botella de alcohol y le echó en la cabeza, mientras el vecino decía “llevémoslo al hospital”, pero en ese momento volvió en sí. Los vecinos ayudaron a guardar todos los implementos y le dijeron a Flor que les avisara si sucedía “cualquier cosa”, y salieron cerrando la puerta.

Anthony no hablaba y más tarde se prendió en fiebre. Flor le puso paños de agua fría y así logró bajarle la calentura. Al día siguiente aún no se levantaba de la cama, hasta que por fin le logró contar a Flor lo que había sucedido. Ese sábado no se pudo realizar el cumpleaños. El lunes siguiente, al llegar al trabajo, silencioso y sin entonar las habituales canciones, los compañeros le pidieron una explicación del porqué no se había realizado el cumpleaños, y él, con lágrimas en los ojos,

contó lo sucedido. Entonces El chino, Gabriel, “El chiqui” y “Viejo Polo” le empezaron a mamar gallo: “Aquí tenemos al espanto de Anthony”.



Yadira Mejía

De gorra en gorra

La Gloria es un pueblo de casas pintorescas que adornan un margen del río Magdalena. “Puerto gloriero”, lo llamamos cariñosamente. El río es navegable y es rico en peces de todas las especies, y en garzas, pisingos y barrequetes. Además de poseer tantas riquezas naturales, reino de una maravillosa y hermosa agua cristalina que deleita a sus habitantes y visitantes, es un sitio turístico muy visitado por propios y extraños: caimanes (humanos y de agua), babillas, culebras, manatíes y otros más. Sus calles están bien alineadas y pavimentadas. Da mucho gusto andar por ellas. Su entrada principal, con un hermoso malecón, es uno de los principales atractivos. Cuenta con un hospital, que atiende también al sur de Bolívar, más dos instituciones que forjan la educación de todos los habitantes del municipio y sus alrededores. Las casas están adornadas con frondosos árboles: almendros, maicochos, mangos, pinos, naranjuelos, taitis, por lo que se respira un ambiente agradable y acogedor. Sus habitantes son alegres y algunos de ellos son chistosos, mentirosos, parranderos, mujeriegos, gorreros, tramposos, vividores o mantenidos, y todos los días son de fiesta para ellos, pues dicen que el trabajo es para los burros.

Personajes típicos, “Trucutrú” se unía con “Cabeza de Palo”, el holgazán del pueblo, un hombre alto y delgado, de pelo

negro lacio y bigotes escarralados, pero siempre sonriente. Dormían sus borracheras en las calles o donde los cogía la noche y se peleaban hermosas mujeres, como la “Boca de Mono”, la “Nariz de Yolofo”, la “Chinca”, la Gurmelinda, la “Chancleta Loca”, entre otras. Sus delicados hacia las mujeres eran de comentar: “terrón de azúcar”, “bolita e´ mierda”, “mojón de puerco”, “bollo limpio”, “arremuesco” y, el más popular y usado por los dos, “tus ojos son dos corozos, tu nariz una joyeta, tu boca una atarraya donde caben cien arepas”. Estos personajes comían las sobras donde la señora Blasina, doña Ata, pero casi siempre los corrían, porque no servían ni para hacer un mandado. Su lema era comer, dormir y beber ron a costillas de todo el mundo.



Carlina Ditta

La casa que botaba monedas de oro

En un pueblo muy bonito, rodeado de montañas, de clima agradable, sus habitantes eran pocos, aunque muy unidos y con muchas ganas de trabajar. Alrededor de sus casas de techo de palma y paredes de tabla, hacían pequeños encierros que adornaban con bellísimas plantas de diferentes especies. Un día, don Joaquín, hombre alto, delgado, de nariz fileña y espesos bigotes, estando sentado en la puerta de su casa divisó en lo alto de la montaña una casa diminuta de hermosos colores. Al ver esto, “Juaco”, como le decían cariñosamente en el pueblo, corrió a decirles a sus vecinos lo observado. Ellos le decían que nunca habían visto una casa tan pequeña y se preguntaban quién viviría allí, cómo serían las personas, si pequeñas o grandes. Todas estas preguntas surgieron en el momento y decidieron trepar la montaña.

Al siguiente día se levantaron muy temprano y subieron con muchas dificultades, pues había hombres gordos a los que se les agotaba el aire. Al llegar a la cima se dieron cuenta de que la casa estaba vacía, y cuando se acercaron esta comenzó a botar monedas de oro por la chimenea. Ante el asombro por lo que estaban viendo, de pronto la chimenea dejó de botar monedas, las cuales recogieron y repartieron por igual. A los tres días subieron nuevamente, pero en esta ocasión no

encontraron ni una moneda, y así subían constantemente, y unas veces encontraban y otras no.

La noticia se extendió por los pueblos circunvecinos. Yo vivía en uno de ellos, y al escuchar la noticia se la comenté a mis amigos. Acordamos salir por la madrugada para que no nos vieran, llevamos linternas, agua y algunas golosinas que nos dieran energía. El cielo estaba oscuro, porque la luna se había ocultado tras una nube gris que pasaba por allí, y las pocas estrellas que se veían iluminaban muy poco. Llegamos y nos acercamos a la casita, temerosos, pero muy contentos, porque llevábamos la ilusión de cambiar nuestra situación económica. Cuando, de repente, escuchamos una voz que nos decía: “No den un paso más. Si se acercan, serán hombres muertos”, y lo repetía a cada instante. Atemorizados, nos mirábamos los unos a los otros, con ganas de entrar a la casa, pero cuando lo intentábamos la voz se sentía más fuerte y más cercana. Así que bajamos corriendo la montaña, contamos lo sucedido y decidimos no regresar.

Entonces comprendí que la suerte era para los habitantes del pueblo y no para intrusos que queríamos beneficiarnos con las buenas cosas que les sucedían a los demás. Ahora solo escucho los comentarios que hacen cuando llegan a mi pueblo, y me alegra oír de las fortunas que obtuvieron con su casita en lo alto de la montaña. Todos festejan el descubrimiento de ese tesoro que un día Juaco vio desde su humilde casa. Ese día fue muy especial para todos sus habitantes, y así siguieron viviendo felices, junto a la casa que botaba monedas de oro.



Pedro Daniel Hernández

Bollo Mojoso

Desde tiempos inmemoriales, aún perduran recuerdos en algunos habitantes de La Gloria, vieja población de la geografía colombiana que en años de la Conquista perteneció al departamento del Magdalena. La Gloria era muy conocida por tener un activo comercio de mercancías que eran transportadas en los barcos de carga que navegaban por el río Magdalena. Estas mercancías casi siempre llegaban procedentes de Barranquilla, ya que esta era la arteria principal de los puertos de la antigua Costa Atlántica. Otra razón de su renombre era el transporte de ganado vacuno, que los arrieros hacían a pie desde las tierras del bajo Sinú y las poblaciones de los Montes de María, zonas ganaderas que aún se caracterizan por su alta producción. Estos arrieros tenían a La Gloria como punto de descanso, aparte de otras poblaciones que antecedían al puerto.

Después de una o dos semanas que duraban en receso, en las que el ganado era apastado en la hacienda Bella Cruz, de propiedad de una honorable familia de procedencia española, de apellidos Marulanda Ramírez, nuevamente se retornaban, o se reanudaba el arreo por los caminos de Simaña, por largos trayectos, hasta llegar a Aguachica; luego se cruzaba una vieja carretera que conducía a la población de Ocaña, donde

dueños o compradores recibían parte del ganado, y la otra tenía su destino final en Cúcuta.

Los barcos a vapor requerían leña, que se obtenía en trueques pactados entre los transportadores y los mismos cargueros. Estos intercambios consistían en ropas y calzados que daban los dueños de los barcos a los trabajadores de las cargas o en dineros en cantidades consideradas. Esta bonanza comercial trajo consigo gran progreso para habitantes del lugar y de las poblaciones vecinas y regiones aledañas, que comenzaron a llegar a la zona. Llegaron personas de todas las razas y creencias religiosas, de todos los sectores y rangos económicos y sociales, comerciantes, acaparadores, en fin, gentes que se rebuscaban la comida y sus placeres en esta tierra.

Un poco más tarde, apareció un grupo de hermosas mujeres de cuerpos perfectos, de rostros preciosos, de miradas endemoniadas de placer, acompañadas de un apuesto varón de aproximadamente 1,70 de estatura, de ojos gataos, cabellos canosos por heredad y mirada pícara. Era un habilidoso comerciante nativo de Barranquilla. Estas hermosísimas mujeres procedían de las poblaciones de Tamalameque, El Banco, Mompóx, Aracataca, Chimichagua, Santa Marta, Fundación, Puerto Wilches, Bucaramanga, Barrancabermeja, entre otras.

Los cargueros de La Gloria tomaron la decisión de organizarse, y fue así como se conformó allí el primer y último Sindicato de Braseros, denominado así en honor a los mismos barcos transportadores, que funcionaban con brasas producidas por la quema de la leña. Las mercancías que se comerciaban en mayor proporción –como cervezas, cemento, sal gruesa, tuberías y otras clases– se almacenaban en una vieja bodega, que aún existe al lado de la esquina de la tienda más antigua de La Gloria, la cual ha permanecido, porque viene siendo propiedad de la familia Salazar Mejía, por heredad, de generación en generación. Hoy día, la tienda la administra un señor de nombre Alberto, de unos 65 años, robusto, malgeniado, quien pasó su juventud en la docencia.

En esta tienda, cuando aún existía el papá del antes mencionado señor, había una tradición pueblerina que hacía que las ventas se incrementaran con una táctica o jugada de sus dueños: “la ñapa”. Consistía esta en algo que el tendero le daba al comprador como prebenda. Esta retribución podía ser un bolón o confite de rayas con colores diferentes, medio guineo largo o un guineo bocadillo (porque se podía comer en un solo bocado), un pedacito de panela o cualquier otra cosa que hacía volver al comprador. La ñapa fue tan popular en las tiendas de La Gloria que a Rafael Rojas Beltrán –muchacho honesto, buen hijo, buen hermano, buen amigo y sobre todo buen padre– hoy en día se le conoce como “Ñapita”, pues se peleaba los mandados con sus hermanos y hermanas en procura de la ñapa.

Con la plata que se movía en ese entonces la gente, sobre todo los hombres, se daban el gusto de derrochar. Existían más de diez cantinas y hasta cinco bares, según cuenta un viejo zorro, de nombre Arsenio Rangel Cervantes, quien todavía está paradito como un roble y quien gracias a sus vagabunderías tiene más hijos que una mata de mafufo. Uno de los bares más famosos fue Bollo Mojoso, llamado así porque su edificación se hizo con barro embutió con palos de bollo mojoso, madera que abundaba mucho por las orillas del “Puente”, como se conoció el viejo caño de aguas eran cristalinas y frías que pasaba por la parte trasera del pueblo. Allí se reproducían toda clase de peces, en especial el “coroncoro”, que se creía afrodisiaco. Es este un pez de agua dulce que se cría en las ciénagas, caños, ríos y lagunas, entre otras; tiene una caparazón gruesa, de color negro, y su carne es blanda, deliciosa. Se sabe que una hembra alcanza a depositar más de diez mil huevos en las tarullas o hierbas, que también tienen vida en estas aguas. Por esto se decía que la mujer que no pariera tenía que llegar a La Gloria a tomarse un succulento sancocho de coroncoro y comerse uno o dos.

La Gloria es un pequeño pueblo habitado por personas humildes, pero con principios y valores puramente humanos, y son muy creyentes y temerosos de los principios del Todo

Poderoso; al tiempo que su cultura, herencia de nuestros antepasados, es alegre, bullanguera, guapachosa. Un fin de semana en esa época, cuenta Rangel Cervantes, parecía una fiesta patronal, y Bollo Mojoso se llenaba de personas de todo calibre; hasta el mismo alcalde, señor mujeriego, lo frecuentaba acompañado del cabo Kairú, quien vivió mucho tiempo aquí, hasta el punto que la vejez, en gran parte, la pasó en este pueblo. Kairú, por su edad avanzada y por su mal actuar, creó en la comunidad repudio e irrespeto hacia él. Cuentan que los muchachos y adolescentes le tomaban el pelo y lo apedreaban, ya que se metía a cagar en los solares ajenos. Su bravura surgía también cuando los pelaos le decían “Kairú culo pelú”.

Las mujeres de La Gloria, cuando llegaba el sábado, solo hacían dos comidas: el desayuno y el almuerzo, pues a las cuatro de la tarde ya estaban arregladitas y convidadas a salir a vigilar los maridos que iban a tomar a Bollo Mojoso. Solían asomarse por las hendijas que quedaban entre división y división. En una de tantas miraditas, doña María alcanzó a observar al marido muy abrazado con “La Corongosó”, una de las “damas” más apetecidas y solicitadas por sus clientes, apodada así porque se asemejaba mucho a este gusanito. Al ver la escena, Doña María –una señora alta, de piel morena, de ojos negros y grandes, de pelo coscudo y temperamento fuerte– no dudo más y entró pateando la vieja puerta de caña brava, y de un solo intento la tiró. Seguidamente, se abalanzó sobre su enemiga y, tomándola por el pelo, la arrastró como queriéndola sacar de la cantina. Asombrado al ver a su mujer, su compañero sentimental trató de calmarla. Cuando volteó la mirada hacia atrás, se fijó en que un grupo de compañeras de la afectada se dirigían a su mujer con botellas y cuchillos, para defenderla.

El alcalde no sabía lo que estaba sucediendo y venía camuflado para su rutina sabatina, pero al entrar se dio cuenta de que la de la pelea era nada menos que su comadre María, la misma que una semana antes lo había amenazado con contarle a Anabel, su mujer, de las perradas que le hacía. Cuando las bolas llegaron a la calle principal, la policía, preocupada, preguntaba por lo sucedido, sin saber que el cabo

Kairú ya no estaba. Este llegó primero al sitio de la pelea y, luego de intervenir aplacando la trifulca, se dirigió al alcalde preguntando: “¿Qué quieres que haga, Luis Demetrio?” A lo que el alcalde respondió: “Llévese y meta al pote a Campirana”. “¿Y con doña María qué hago?”, replicó el cabo. “¡A ella dígame que vaya adonde Ubaldo, y que este le entregue una provisión a mi cuenta, para que no le diga a Anabel que yo estoy en Bollo Mojoso!



Jairo Antonio Romero

Sueños hechos realidad

Era una mañana libre de contaminación, pues los árboles, con sus hojas, hacen su tarea. No había más que tranquilidad y armonía en la vereda, y las tardes eran cálidas. El sitio perfecto para visitantes, con espectaculares paisajes multicolores y ambiente familiar. En este lugar vivía una familia muy especial, conformada por don Mario, un señor gordo de cabellos lisos y mirada penetrante, como si en todo momento quisiera decir algo; Doña Telmira, señora de estatura baja, piel morena y sonrisa constante, como queriendo decir siempre que la vida es hermosa y que hay que disfrutarla. Este bello hogar tuvo dos niñas: Claudia y Camila.

Fueron pasando los años y ya estaban grandecitas. La primera, de diez años, piel morena, cabellos largos, físico espectacular y cuerpo sencillo, siempre se dedicaba a colaborarles a las personas y estaba pendiente del estudio casi todo el tiempo. Camila, de 9 años, más alta, piel morena, ojos claros, contextura delgada, era tímida y su relación con las demás personas era poca. Ambas niñas salían a la vereda después de almorzar para hacer tareas con sus amigas. Una tarde, de regreso a su casa, Camila se desvió de la calle para observar un aviso pegado en una pared pidiendo **NO CONTAMINAR EL AMBIENTE**. Al frente del aviso había una cantina grande, cuyo trago preferido era el tapetusa. Y como

en la vereda había más cantina que tienda, la ganancia era valorable. De repente, salieron dos hombres, machete en mano, engarzados en una acalorada discusión, y empezaron a cortarse de una manera impresionante. La desafortunada Camila, al pasar por el sitio, se vio envuelta en la riña y cayó contra una piedra y se golpeó la cabeza de forma trágica. De inmediato las personas cercanas dieron aviso a su casa, pero era imposible hacer nada, y la familia, presa de pánico, no encontraba explicación alguna. La niña ya estaba muerta.

A pesar del dolor, Claudia era el tipo de niña que siempre se le mide a los retos. Cuando de trabajar se trataba, siempre y en todo momento sus logros eran elogiados. Sus maestros y maestras la exaltaban con frecuencia. Y esta adolescente llena de expectativas les comentaba a sus amigas que algún día ella sería profesional y que su única prioridad era ayudar a las demás personas. Gesto para resaltar, pues las oportunidades de estudio son mínimas para los estratos bajos en nuestro país. Y aquella escuela de salones bastante reducidos, sillas de palo y mesas de triplex es testigo mudo del esfuerzo que ella hacía diariamente para salir adelante. Cercana del parquecito de la vereda, con sus tres árboles de uvero y sus zanjas de caucho, en su planta física solamente había un baño mixto, que incomodaba tanto a los estudiantes como a los visitantes, pero los docentes estaban dispuestos a colaborar en todo momento, a pesar de que veían sus salarios cada tres meses.

Y la niña Claudia siempre fue muy respetuosa con sus profesores y muy dedicada al deber pedagógico. Nunca se le oyeron malas palabras y siempre daba buen ejemplo de comportamiento y servicio. Era esa rosa que nunca se marchita y que en todo momento irradia luz y esperanza. Fácil de recordar, pues donde llegaba hacia reír a las personas con sus chistes y carcajadas, y también dentro de su comunidad se destacó por su liderazgo y participación comunitaria. Su forma de vestir era muy particular, porque le gustaba siempre usar overol, camiseta blanca y tenis, dizque para resaltar la belleza femenina en todo su esplendor. Por lo general, sus

comidas eran cosas fritas y con bastante salsa, su hobby preferido era jugar al fútbol y trotar todos los días, y la música, ya que su ídolo era Shakira, por su elasticidad al bailar.

La familia estaba contenta y orgullosa, porque seguramente en un futuro Claudia alcanzaría su meta de dedicarse tiempo completo a una profesión que tuviera que ver con el pueblo y la ayuda de su entorno, y siempre que se reunía con un grupo de amigos o amigas comentaba de manera tajante que veía la vereda en retroceso, pues hacía varios años no había obras ni mucho menos proyectos en beneficio de esta.

Eran casi las ocho de la noche de un sábado cuando un grupo de personas mayores de edad, cigarrillo y sombrero en mano para sacudir el zancudo de su cuerpo, se reunieron en el pequeño parque para hablar de la muerte de Camila. Así, comentaban que eso había sido casualidad de la vida, porque a esa calle se llegaba solamente a beber. Por esa parte no transitaba por mucha gente, pero ese día a Camila se le antojó pasar por ahí. Y decía el de mayor edad: “Cuando es pa’ uno, nadie lo salva de la pelona”.

Después de unos años de estar fuera, Claudia regresó con la cabeza bien en alto y hecha toda una Doctora, aprovechando así la mejor opción para ayudar a la población que más lo necesitaba y hacer realidad sus sueños. Entonces sus padres clamaron al Todo Poderoso por colaborarle con la única hija que les había quedado de ese hermoso hogar y de esa hermosa vereda.



José Ángel Castellanos

1. A veces recordar es morir

2. El gigante egoísta

1. A veces recordar es morir

Alelí es hija de un pescador de Montebello, un pueblo de la costa Caribe colombiana. En toda su vida Alelí no ha hablado de su terruño ni tampoco de la casa en que pasó su infancia ni de sus padres ni, desde luego, de cómo se hizo prostituta. La mayoría de la gente prefiere seguir imaginándose que su mamá y su abuela también fueron prostitutas y que la empezaron a preparar desde que le quitaron la teta. En realidad, un día, hace muchos años, le estaba prestando “sus servicios” a un hombre que mencionó que había estado en Montebello la semana anterior. Se sintió tan sorprendida que no pudo contenerse, y le dijo:

—¡Montebello! De ahí soy yo.

—¿Montebello? Seguro que no estamos hablando del mismo lugar —respondió desconcertado el sujeto.

—¡Qué cuento! —dijo, soltando una carcajada.

—¡Tú de un pueblucho como Montebello! Eso sería como pensar que las vacas vuelan.

No es que a ella le guste pensar que es como una vaca que vuela, pero supone que en alguna medida es cierto. Después de todo, se crió allí, y nadie se atrevería a decir que es un

lugar con glamur. Casi nadie va por ese pueblo. Y su gente no tiene muchas oportunidades de salir. ¿Cómo lo consiguió Alelí? Se los voy a contar.

Montebello es un pueblo sucio y maloliente. Incluso el mar despide un terrible hedor, como si todos los peces se estuviesen pudriendo. Alrededor de los postes del muelle flotan trozos de fruta y verdura. Los barcos tienen la pintura saltada y parte de la madera agrietada; parece que se hubieran estado peleando unos con otros. La casa en la que vivía Alelí con su familia estaba junto a un acantilado donde soplaba constantemente el viento del océano. De niña ella pensaba que el mar estaba enfermo del pecho, porque siempre hacía ruido antes de soltar un estornudo, lo que significaba que las ráfagas eran tremendas. Decidió que el mar había contagiado a su casita, ya que empezó a torcerse, y por eso su padre había tenido que apuntalarla a un madero, de modo que parecía un borracho sosteniéndose de un poste. La vida de Alelí en esa casa también estaba un poco torcida. Como desde niña se pareció mucho a su madre y nada a su padre, él siempre estaba dudando, y para colmo de males hubiese preferido un varón para que lo ayudara en sus tareas de pesca.

Los padres de Alelí habían pensado tener más hijos. Pero cuando ella tenía seis años su mamá cayó gravemente enferma, probablemente de un cáncer de estómago, aunque en ese tiempo la niña ni siquiera intuía lo que pasaba. Conforme transcurrían los meses, más empeoraba, y ya no podía dormir, porque el dolor no la dejaba. Alelí se dio cuenta de que algo estaba cambiando rápidamente en ella, pero su corta edad le impedía comprender la magnitud del problema. Cuando cumplió 10 años, su mamá estaba extremadamente delgada. Entonces, una tarde que se encontraba sentada en el suelo jugando con una lagartija, una voz llamó:

—¡Buenas! ¡Abran la puerta! ¡Soy el doctor Ochoa!

El médico iba al pueblo una vez a la semana y desde que la mamá de Alelí había enfermado la visitaba frecuentemente.

El papá estaba arreglando una red de pescar. Pasado un momento, miró a la niña y levantó un dedo; esto significaba que quería que fuera a abrir la puerta. El doctor entró y le dijo al pescador. “Me gustaría vivir como usted, todo el día en el mar, ¡qué maravilla! Veo que su esposa continúa dormida. Es una pena, porque pensaba examinarla. La semana que viene no puedo acercarme. ¿Podría despertarla?”

—Alelí, tráigale un café al doctor –dijo el padre, y luego se dirigió a la otra habitación, donde dormía la mamá, seguido por el médico.

Cuando los hombres entraron al cuarto, la niña intentó escuchar desde la puerta, pero solo oía los quejidos de su madre. Se puso a hacer el café y enseguida salió el médico, frotándose las manos y muy serio. El papá salió detrás y se sentaron los dos a la mesa.

—Llegó el momento de decirte algo –empezó diciendo el doctor Ochoa–. Tienes que comprarle un vestido bonito a tu mujer.

—No tengo plata, respondió el pescador.

—No debería morir con los harapos que lleva puestos.

—¿Entonces, es que va a morir pronto?

—Con los dolores tan espantosos que tiene, la muerte será un alivio –respondió el médico.

Después de oír esto, Alelí quedó paralizada. Nunca se le había ocurrido que su madre podría morir. “¿Cómo voy a seguir viviendo en esta casa, sin ella? ¿Qué será de mí?”, pensaba.

Un día, al regresar de la playa, encontró a un señor que no conocía, sentado frente a su padre en la mesita de su casa. Se dio cuenta de que estaban hablando de algo importante, porque ni siquiera se percataron de su presencia cuando entró. Se quedó quieta escuchándolos.

—¿Qué piensas de mi propuesta, Jorge?

—No sé, señor Corrales –dijo su padre–. No puedo imaginarme a mi hija en la capital.

—Lo entiendo, pero piense que ella podría estar mucho

mejor, lo mismo que usted. Solo ocúpese de que mañana por la tarde baje al pueblo. Tras decir esto, el señor Corrales se levantó para irse. Alelí fingió que acababa de llegar cuando se cruzaron en la puerta.

—Le estaba hablando de ti a tu padre —le dijo—. Vivo al otro lado de la loma. ¿Por qué no vienes mañana? Conocerás la casa y a mis hijas, creo que te encantará. Tal vez te gustaría quedarte en la noche. Solo es una noche, no te preocupes, y luego te traigo de vuelta a casa. ¿Qué te parece?

Alelí dijo que le parecía estupendo e intentó disimular que la propuesta le parecía normal, pero en su cabeza todo era un enredo. Después de que se fue el señor Corrales, trató de ocuparse en la cocina, pero se sentía como en sueños. No supo cuánto tiempo pasó. Por fin oyó suspirar a su padre y le pareció que estaba llorando.

Al día siguiente, cuando pasó por el puerto, vio a los pescadores. Su padre estaba entre ellos, agarrando los pescados con sus manos huesudas y echándolos en canastos. En un momento determinado miró hacia donde estaba Alelí, la saludó con la mano y luego se limpió la cara con la manga de la camisa. Su expresión parecía más triste de lo normal. Cuando llegó a la calle principal, apareció el señor Corrales y le preguntó con voz melosa: “¿Vas a mi casa? Tranquila, que no te pasará nada”, y luego la invitó a subir a un carro. Alelí aceptó, por no desobedecer a su padre y también para olvidarse un rato del sufrimiento que le causaba la enfermedad de su madre. Al subir a la loma, dejaron atrás Montebello. La niña se volteó con lágrimas en los ojos, y aunque intentó ocultárselas al señor Corrales, él se dio cuenta y le preguntó qué le pasaba:

—Me cayó un mugre en el ojo —le dijo Alelí.

—Te pareces a mi mujer, es una floja. Un momento después coronaron la cuesta y una casa muy bonita se hizo visible a sus pies.

Era un día opaco, el paisaje podría haber sido atractivo, de no ser por ese dolor que le atravesaba el pecho como un

puñal. Cuando llegaron a la casa, el señor Corrales la invitó a pasar. Lo primero que apareció ante sus ojos fue un salón donde estaba una mujer de unos cincuenta años, maquillada como un payaso, que tenía pinta de chiflada y no se estaba quieta un momento. El señor Corrales le dijo: “Esta es Alelí”. La niña la saludó con la mano y la mujer respondió con una sonrisa burlona. “Entonces, ¿tú eres Alelí, no?”, le dijo, y la niña asintió con la cabeza. “¿Cuántos años tienes?” “Casi once”, contestó. “Pareces mayor”, dijo la mujer. Entonces la vieja se le acercó y la acarició, pero lo hizo de una forma rara. “Eres bastante bonita. ¡Qué ojos! Serás muy popular”. Y Alelí no entendía nada de lo que decía la mujer.

—Tu papá es pobre y tu mamá está muy enferma. Nosotros nos encargaremos de tu futuro. Alelí se puso en pie, preocupada por estos comentarios. Se esforzaba por creer que nada ni nadie la sacarían de su casita en Montebello.

Al oscurecer, el señor Corrales le dijo a la niña que se lavara las manos para ir a cenar. La habitación tenía una luz sobrecogedora. Enseguida apareció la cocinera, les sirvió arroz, pescado, yuca y agua de panela con limón en vaso de aluminio. Nadie habló mucho mientras comían. Alelí esperaba ver a las niñas que el señor Corrales había nombrado, pero estas nunca aparecieron, lo cual le pareció muy extraño. Después de cenar, el hombre y la vieja chiflada se pusieron a jugar dominó y la cocinera le puso un pijama improvisado a la niña y se la llevó a dormir.

Aquella noche, tumbada en la cama, intentó examinar su complicada situación desde todos los ángulos posibles, para ver si lograba convencerse de que todo saldría bien. Empezó preguntándose si podría vivir si la apartaban de su madre y qué intenciones tenía con ella el señor Corrales. Por lo general, no se quedaba dormida temprano, pero esa noche el cansancio la rindió rápidamente.

Al día siguiente, el hombre le informó que viajarían a la capital, y ella, asustada, dijo: “¿Qué pasará con mis padres? No quiero alejarme de ellos”. Él le respondió que no se preocupara, que ellos los alcanzarían en Bogotá, que los

pensaba ayudar, y que a su madre la iba a internar en la mejor clínica de la capital para que se recuperara pronto. La niña se sintió aliviada y subió dócilmente al vehículo.

Durante el viaje, el señor Corrales y Alelí no cruzaron palabra, hasta que llegaron a un cerro desde donde se dominaba Bogotá, y ella dijo de pronto: “¡Qué casas tan altas!” Nada más llegar a la ciudad y miles de escenas maravillosas empezaron a desfilarse ante los ojos de la niña, que hasta ese momento solo habían visto las cosas sencillas de su pueblo. Desde el carro, Alelí miraba con asombro. No podía creer que en el mundo existieran tantos edificios, carros, gente...

Al empezar a caer la noche, apareció su miedo. No había visto la electricidad, salvo en la época de navidad. Aquí se veían las ventanas de los edificios iluminadas y en las aceras había gente con un resplandor amarillento en sus caras. El carro giró por una calle y apareció una casa que a la niña le gustó, pues estaba adornada con bombillos rojos y había varias mujeres con vestidos brillantes, aunque a Alelí le parecieron muy cortos para el frío de la ciudad.

El vehículo se detuvo ante una de sus puertas y la niña preguntó: “¿Qué sitio es este?” No parecía que él fuera a responderle, pero un momento después dijo: “Es tu nuevo hogar”. Al oír esto, se le llenaron los ojos de lágrimas y se agarró como un gato a la ventana del auto. Acto seguido, el hombre tomó a Alelí de un brazo y la arrastró al interior. Ella escuchó voces femeninas y una pequeña conmoción.

Una de las mujeres se compadeció de ella, la levantó del suelo y le dijo: “Ven, muchachita. No te pongas tan triste. Nadie te va a comer”. Luego la miró a la cara: “¡Qué chica tan guapa! ¡Vas a ser la sensación del lugar!” Después la condujo por un pasillo que estaba entre dos construcciones y terminaba en un patio detrás de ambas. Semanas más tarde se enteró de que allí llevaban a las nuevas, “mientras se acostumbran”. Hoy Alelí tiene 35 años y ya no es la niña inocente que un día fue vendida por su propio padre.

2. El gigante invisible

Hace diez y seis años que estoy trabajando en este municipio y no es habitual que los domingos me levante temprano, pero hoy lo tengo que hacer porque es 7 de agosto y al “Integrado”, institución educativa donde trabajo, le corresponde organizar el desfile que conmemora la Batalla de Boyacá. A regañadientes, salgo de mi casa. Lo primero que pienso al mirar el cielo despejado es que la asoleada va a estar bien verraca. Camino por la calle Alfonso López y cuando llego a la carretera central un grito de “¿lo llevo, profe?” me saca de mis pensamientos. Es don Ernesto, un sujeto de unos 60 años, flaco como un niño etíope, quien maneja un ciclotaxi y quiere ganarse los primeros pesos del día. Le digo que no, porque ya estoy llegando, que solo voy hasta la cancha municipal. Continúo la marcha mirando despreocupadamente a los comerciantes que afanosamente tratan de “bajar bandera”. Cuando llego al sitio, no encuentro a nadie. Qué cosa tan extraña, pues colombiano que se respete siempre llega puntual a sus compromisos. En eso nos parecemos a los ingleses, murmuro sarcásticamente, cuidándome de que no me escuche nadie.

Al rato empiezan a aparecer los primeros estudiantes y su saludo viene acompañado de un “¿me ayuda a arreglarme la corbata, profe?” De buena gana lo hago, aunque la petición se repita una y otra vez. A los 30 minutos de la hora acordada llegan mis compañeros de trabajo, los integrantes de la banda de paz, el rector y los demás invitados: entre ellos, la Defensa Civil, la Policía Nacional, un representante de la alcaldía, lo habitual en estas situaciones patrióticas. La voz del maestro de ceremonias de turno, profesor Osvaldo Jaraba, sanbernardero de cepa, con una voz de “¡qué orgulloso me siento de ser un buen colombiano!”, indica los sitios donde debemos ubicarnos. Muy solemnemente, se empieza a desarrollar el programa.

1°.- Oración al Todopoderoso. El profesor Carlos Casas, un chochoano próximo a pensionarse, encomienda a Dios el buen desarrollo de la actividad.

2º.- Notas gloriosas del Himno Nacional. Palabras mágicas que hacen que las pulgas les empiecen a picar a los estudiantes y, en plena función, sus brazos se levanten cual marionetas golpeando las orejas de sus compañeros, mientras sus ojos siguen la ruta de los chulos que buscan la comida diaria. “¡Baje los brazos! ¡Respete! No ve que está sonando el himno nacional”, dice el profesor Heraclio Valoyes, mejor conocido como “Mambo”, a un muchachito que está más desubicado que el hijo de Lindbergh.

No sé si era mi imaginación, pero parecía que las manecillas del reloj estaban amarradas con unas inmensas sogas que no las dejaban correr... Una tortura china se queda en pañales.

3º.- Trovas alusivas al 7 de agosto: “Qué aburrimiento, otra vez la misma vaina”, comenta una estudiante del grado 10, jocosamente.

A medida que transcurren las eternas horas, el sol va calentando motores y algunos estudiantes transforman su cara en semáforo: de rojo pasan a amarillo y de amarillo a verde, ¡y suácatelas! Que se vienen en vomito, imitación perfecta de un borrachito en las fiestas del 20 de enero. “¡Benditos chinos! Por que no hacen caso de desayunar antes de venirse para acá”, exclama el coordinador, visiblemente ofuscado. Una niña se desmaya. “Está más blanca que una vela”. Los integrantes de la Policía Nacional le prestan auxilio inmediatamente. Eso es lo que percibo.

Se anuncia el recorrido. A medida que avanza el desfile, empiezan a aparecer las calles bañadas por el sol canicular. Calles de Pelaya, con sus casas lujosas y sus ranchos miserables, habitadas por oleadas de inmigrantes que llegaron en busca de un mejor futuro. Solo unos lo lograron, la mayoría encontró pobreza, violencia, injusticia social, pero también esperanza, palabra utópica que nos obliga a ver espejismos. Bueno, eso es lo que nos mantiene vivos. Y, como dijo un famoso pensador, “mientras haya esperanza, habrá vida”.



Clara Sofía Márquez

Las fiestas del maíz

Las tierras de Pelaya son bendecidas por Dios. Cuando llegué hace tres años, me sorprendió en gran manera su gente alegre, pujante y emprendedora, personas que como yo venían buscando la mejor manera de sobrevivir y sacar sus familias adelante. La plaza de mercado es muy concurrida, sobre todo los domingos, y por todas partes se ve el pescado y las verduras, vendidas por matronas corpulentas venidas de diversas latitudes del pueblo. Toda la gente sale a comprarles los exquisitos bocachicos, pescados de la ciénaga de Sahaya, que preparados en casa llenan luego el estómago y el alma de muchos de sus habitantes.

Muy seguido, a la plaza de mercado y casi a la misma hora, los habitantes del pueblo vemos llegar, procedente de un lugar ignoto, a un hombre de tez morena, de facciones toscas y andar pausado. Es tan corpulento como la ceiba que está al frente de la alcaldía. Se apostea al pie de las vendedoras y comienza entonces a cantarles cientos de versos nacidos de su amor impetuoso, todos dirigidos a una gran mujer que vende en la plaza del pueblo docenas de peces exquisitos y apetecidos por todos.

Ayer lo vi ocupado en los mismos menesteres. Después de saludarlo, entablamos conversación. Me habló de su vida, y

fue él precisamente quien me contó lo que hacían en Pelaya, hace más de treinta años, en las fiestas patronales. Me llamó poderosamente la atención conocer de primera mano esta valiosa experiencia, así que lo invité a que nos tomáramos un peto y conversáramos. Empequeñeciéndome los ojos, como tratando de parir los recuerdos, empezó a contarme:

—¡Ay, profesora! Usted no sabe nada de los inicios de las fiestas patronales. Esos reinados de hace treinta o cuarenta años no eran como los que hacen ahora. Imagínese usted que antes se hacían reinados del maíz, pero ahí sí se veía la plata. Cada gremio elegía una candidata al concurso: la de los comerciantes, la de los conductores y la de los campesinos, entre otras. Durante el transcurso de las fiestas se mostraban las candidatas. Eran las jóvenes más lindas del pueblo, y el 20 de enero, en horas de la noche, se elegía a la más bella, a la Soberana del Maíz. La gente acudía en multitud a apoyar a su favorita. Recuerdo que la tarima la construían en un lugar alto y que las últimas versiones del reinado se hicieron en la segunda planta de la construcción del señor Marcos Gutiérrez, donde se elegía a la más bella ganadora.

El narrador tomó un sorbo de su vaso e hizo una pausa obligada para tomar aire y proseguir con su relato.

—El fervor era general. Los gremios apostaban a sus candidatas, como si fueran diosas coronadas en el Olimpo. La gente del pueblo daba su dinero a favor de su preferida. Si un campesino daba cincuenta mil pesos, se decía que eran cincuenta puntos, y esto levantaba el aplauso general, ante la mirada expectante de todos los asistentes. Era una competencia hasta sana, aunque muchos digan lo contrario, pues ganaba la que ganaba, la que tuviera más amigos y gente dispuesta a contribuir con su candidata predilecta, de tal manera que, cuando una candidata iba repuntando, los seguidores de las doncellas en puja apostaban más puntos. Un tesorero recogía el dinero y un animador, parecido al de un circo, gritaba alentando al pueblo a dar más dinero, y todo se mezclaba con música y aguardiente. Era normal, profe. Ningún gremio quería perder. Esto hacía que aumentaran cien por

ciento los puntos para las diferentes candidatas. Al finalizar la jornada había una ganadora y el gremio triunfante se abrazaba, festejando el triunfo. Año tras años, ya se imaginará usted, los gremios más poderosos de comerciantes y campesinos se disputaban el reinado. ¡Ahh!Y déjeme decirle que el dinero recolectado era para los trajes de la flamante ganadora.

Tamaña historia no podía más que alegrarme. Le di un abrazo al señor Caraballo, que así se apellidaba el hombre, cuando se incorporaba con ganas de proseguir su camino. Después de darle un apretón de manos, me dijo que no faltaría oportunidad para contarme muchas cosas más que estaban en sus recuerdos.

—Adelánteme algo, señor Caraballo —le dije entusiasmada.

Y él sonrió con tristeza, se puso su sombrero de palma y, con mirada resentida, me dijo:

—Usted es de las pocas personas que valoran la cultura en este pueblo.



Entrevista Rosalbina Zorro

El lado que no vemos

Por cosas de la vida, hay que aprovechar las oportunidades que se nos presentan, especialmente las de trabajo. No importa el lugar, cerca o lejos, pero a mí me mata el calor, definitivamente. Jaqueline Jaime es una mujer que está en el esplendor de su vida. Habla con esa seguridad y te transmite ese mensaje de que todo lo sabe, pero a la vez es muy prudente, elegante en sus respuestas, parece ser de esas personas que para sacarles la piedra se necesita algo fuera de serie. Tiene una estatura mediana, figura delgada, piel blanca, unos ojos como claros, aunque a veces usa unas gafas como de las primeras, no, no, de las segundas que se inventaron hace muchos años.

Alquiló una habitación en una casa familiar, ya que le queda cerca del lugar de trabajo, donde tiene su propio espacio. Tú lo miras y parece que hace poco estuviera viviendo allí, pero no es así, lleva ya un buen tiempo. Es muy modesto su cuarto, tiene una cama doble y ventilador pequeño. Incluso le pregunté si era suficiente para ella, que es de una tierra fresca. Se nota que hace mucho tiempo pintaron las paredes. Como psicóloga que se respete, tiene una cantidad de papeles, carpetas, libros, juegos didácticos para niños. Sobre una mesita de noche tiene dos figuras de ángeles, que son la representación de los que nos protegen en la tierra

de las malas cosas. San Gabriel y el Sagrado Corazón, y me explica que su mamá tiene toda la colección completa. En fin, antes de empezar nuestra entrevista, Jacqueline me dice: “¿Negra, qué necesitas? Pero pasa, para que podamos charlar más a gusto”.

ROSALBINA ZORRO: Profe, cuéntame en qué año llegaste a Pelaya.

JAQUELINE JAIME: Llegue a Pelaya en el año 95. Trabajé primero dos años en la alcaldía y después me nombraron para esta institución, donde ya llevo varios añitos. Por cosas de la vida, hay que aprovechar las oportunidades que se nos presentan, especialmente las de trabajo. No importa el lugar, cerca o lejos, pero a mí me mata el calor, definitivamente

ROSALBINA: ¿Y por qué vives en la misma casa desde que llegaste?

JAQUELINE: Pues, la verdad, no sé. Me queda cerca del colegio, y lo otro es que es tranquilo, y eso es lo que me gusta.

ROSALBINA: ¿Qué diferencia hay entre el año pasado y este?

JAQUELINE: Muchísima, por que el año pasado trabajaba una sola jornada y me quedaba tiempo para mis cosas. En cambio, este tengo que trabajar las ocho horas de oficina y recorrer las tres sedes. Lo que uno hace es poco para el tiempo que le queda para avanzar con cada muchacho.

ROSALBINA: ¿Qué trabajos has liderado?

JAQUELINE: Bueno, de todo un poquito: escuela de padres, proyectó de vida, convivencias, educación sexual y retiros espirituales.

ROSALBINA: ¿Cómo es el trabajo con los docentes?

JAQUELINE: Difícil, diría yo, porque, si se presenta un problema con cualquier maestro, se debe primero llamar al docente para informarle sobre lo que está pasando y todo tiene que estar por escrito. El docente cree que es que uno lo quiero perjudicar y, todo lo contrario, se han hecho charlas con otras personas que manejan el tema, que explican

las consecuencias que traen estas anomalías, pero ellos insisten en oponerse. ¡Me he ganado unos chicharrones! Pero yo, ante todo, me asesoro, indago, porque a mí es a la primera que le piden ese informe, y no puedo ser negligente en mi función, que debo cumplir.

ROSALBINA: ¿Si ves, Negra, que la vida es fregada?



Osiris Luna

La granja de don Erasmo

Hace muchísimos años, en una granja había muchos animales; entre ellos, una gallina que se llamaba Fortunata. De color negro, tenía el pescuezo pelao. Muy elegante se veía cuando abría sus alas, con ese plumaje brillante. También había un cerdito con el rabito mocho, por una riña que tuvo con el perro Triler, que cuidaba la casa. De color café, este inspiraba respeto. Le seguían: el pato blanco con pintas negras, el loro, al que le faltaba su ojo izquierdo, por lo que cariñosamente le decían “El tuerto”, y las palomas, símbolo de paz en la granja.

El dueño de la granja se llamaba Erasmo y permanecía casi siempre con su poncho terciado y un tabaco humeando. Su esposa Casimira, de porte bien esbelto y hermosa cabellera, que le llegaba casi hasta donde la espalda pierde su moderado nombre, sentada en un taburete bastante viejito contemplaba los atardeceres, cuando declina el sol, como metiéndose entre las montañas. Sus dos hijos: Jacinto, de diez años, y Lucrecia, de ocho, en su tiempo libre jugaban en un columpio hecho con neumático y una tablita. Disfrutaban los niños el aire puro y suave que soplaban los árboles gigantes, de hermoso follaje, que invitaban al descanso y a contemplar la naturaleza, creación de Dios.

Los niños jugaban con Fortunata, y era que ella todos los días ponía su huevito y hacía “co-co-co-co”. Un día se reunieron los animales en el establo donde almacenaban unos bultos de maíz y paja, y allí planearon desplumarla, pues no iban a permitir que todos los afectos fueran para la “Pescuezo Pelao”. Triler dijo: “Yo la correteo hasta cansarla”, y el loro tuerto: “Yo le doy picotazos”. El pato y las palomas dijeron: “La atacamos, dándole pico”, y el cerdito mocho dijo: “Yo la terminaré de desplumar”. Comenzaban a celebrar la tunda que le iban a dar a Fortunata cuando en ese momento va pasando don Erasmo y pregunta: ¿Cómo está la familia Animalandia? ¿Qué hacen reunidos? Entonces habló Jacinto, quien jugaba con su hermana a las escondidas y estaba detrás de unos bultos: “Papá, están diciendo que van a desplumar a Fortunata. No permitas que le hagan daño”. Don Erasmo preguntó: “¿Es cierto lo que dice el niño?” Ellos respondieron con voces entrecortadas: “Sí, es cierto”. “¿Por qué están con ese plan”, dijo don Erasmo. Entonces contestó el cerdito: “Es que tenemos envidia de ella. Los afectos de ustedes y de los niños son para la Pescuezo Pelao”. Dijo don Erasmo: “Es cierto, a todos los tratamos bien, pero Fortunata se ha ganado más el cariño que ustedes. Cuando los llamamos a todos pa´ echarles su comidita y los granitos de maíz, ella es más obediente. Hasta cacarea en señal de agradecimiento. En cambio, ustedes se pelean cuando van a comer”. Desde ese momento, ellos empezaron a cambiar y a obedecer, siguieron el ejemplo de Fortunata e hicieron una fiesta con la familia Animalandia. Disfrutaron, compartieron y le pidieron perdón a ella. Y así reinó la tranquilidad en aquella granja don Erasmo y su familia. Vivieron en armonía y la paz se sintió en todo ese lugar.



Jaqueline Jaime

¿Qué le pasa a María?

En medio de mi sueño, veo un monstruo gigante, horrible. Siento que viene a atraparme, me hace daño, es temible, no quiero verlo, no encuentro salida. ¿Qué puedo hacer? Quisiera gritar, pero no puedo. El recuerdo de ese día terrible perturba mi alma. Despierto y me doy cuenta de que se trata de una horrible pesadilla... Amanece, comienza un nuevo día. Mamá entra con sigilo a mi cuarto y con voz suave me dice: “¡Buenos días, María! Es hora de levantarte para ir a la escuela”.

Rápidamente, salto de mi cama y me preparo para ir a estudiar. Al llegar, la maestra llama a lista y empieza alegremente su clase. Hace algunas preguntas, los niños participan animados, mientras que yo estoy distraída, sumergida en mi pesadilla. Una pregunta de la maestra me hace volver a la realidad. Pero qué me preguntó, que no alcancé a captar lo que quiso decir. Terminada la clase, se acerca a mí, queriendo saber qué me pasa. Todos se marchan. Solo quedamos las dos. Entonces me dice sonriendo: “María, no eres la niña que conocí, llena de sueños, ilusiones, alegría y entusiasmo. ¿Qué está pasando? Te veo distraída y tu rendimiento ha desmejorado, esto me preocupa”. Yo la miro fijamente y bajo el rostro. Así que la maestra decide llamar a mi madre, para indagar sobre mi comportamiento.

Guardo un profundo silencio. Mi mirada refleja algo extraño. El gesto de mi cara hace pensar a mi madre que algo está pasando. ¿Qué sería? Al llegar de la escuela, empieza mi tormento, pues sé que, en contra de mi voluntad, tendré que ver al monstruo. ¡No quiero hacer tareas, no quiero volver a la escuela! Me “rebeldizo”, pero es inútil, nadie me comprende.

El timbre del teléfono interrumpe mi silencio. Es la maestra, quien llama a mi madre y le dice: “¿Qué le pasa a María? La noto extraña, callada, triste, melancólica y muy distante”. Mi madre solloza y puedo escuchar su llanto. Esto me inquieta. Mamá no tuvo respuesta; sin embargo, le queda sembrada la duda: “¿Qué será lo que tiene mi hija...? Ya sé. La seguiré cuando vaya a hacer sus tareas”.

Pero qué sorpresa se lleva mi madre al ver que mi abnegable tutor es el horrible monstruo causante de mis pesadillas, ese al que yo no quería ver ni en sueños... Y al llegar mi madre, me lanzo en sus brazos, llorando incesantemente, atemorizada, como quien busca refugio. Entonces decido romper mi silencio y le cuento el daño que me hace este hombre, a cambio de ayudarme a hacer las tareas, y cómo acabó con mis sueños, ilusiones y risas de niña.



Eguis Palma

¿Qué mató a nuestros ancianos?

Camino por las calles de mi pueblo, esas que de niño me veían correr. Voy rápido, mientras con las manos intento protegerme del furor de las gotas de lluvia. Mis pies descalzos se hunden con fuerza entre los charcos que forma la llovizna. Las calles están destapadas. Un niño, con la cabeza pegada al cristal, contempla desde su casa a una decena de chicos de la barriada que chapotea entre los imprevistos arroyuelos de la calle. La pobreza se puede respirar. Por algunos barrios, si empiezas a recorrer La Esperanza, puedes sentir cómo el dolor y la miseria te cortan las ganas de seguir viviendo.

A mi encuentro sale una pareja de chicuelos. Vienen tomados de la mano, están sucios y completamente desnudos, tienen el abdomen crecido y piden “por el amor de Dios” que les regale una moneda. En la esquina siguiente una pareja discute. Ella le reclama por su falta de fidelidad. Lo llamo borracho y él la empuja. Al final del cuadro, aquellos niños a los que minutos antes les entregara la moneda lloran intentando levantar del lodo a la agraviada.

Es diferente cuando pisas la calle central. El comercio allí es constante, y pareciese que la palabra escasez no hace parte del léxico de sus habitantes. Cuando no llueve, hace un calor asfixiante. Las calles céntricas, los domingos, están en

constante actividad comercial, y hay gente hasta en los alares de las casas. Los más precavidos caminan bajo el amparo de una sombrilla; otros, como yo, preferimos caminar y derretirnos sin ninguna ayuda extra. Difícil seguir caminando en estas condiciones, mi cerebro se va fundiendo bajo el sol abrasador. Me rindo. Decido entonces irme a un lugar al lado de la acera, si no fresquito, al menos con sombra.

Te escucho a mi lado, Mama Vieja (ya casi no hay viejos en este pueblo), tu voz resuena en mi mente. Te hablo y me hablas, mientras nos ponemos al día con nuestras vidas. Te miro de pies a cabeza. Hemos cambiado ambos, aunque en el fondo creo que solo lo hemos hecho en el aspecto físico: yo sigo siendo un personaje gris y aburrido y tú, dicho con todo el cariño, sigues estando loca. Es que, aparte de tus historias divertidas, no hay muchas cosas de importancia en Pelaya. ¡Cuán difícil es olvidar tu figura a la sombra de la vieja ceiba! Con un tabaco en la boca, en noches de luna llena, ¡nos contabas tantas historias! Sorprendentemente, de tu voz mágica se desprendían personajes fantásticos: Antón García, el jinete sin cabeza, la sorprendente visión de la luz corredora, la riqueza inagotable del tesoro de Bobalí y el sonido de las cadenas que arrastraban las ánimas del purgatorio. Al final, hacia la media noche, cuando ya empezabas a narrarnos la aparición de las animas del purgatorio, tus niños, empalidecidos, terminábamos encaramados en tus piernas. Claro que nunca faltaba el chistoso que apagaba el mechón de kerosén. Entonces el alarido era general y todos acabamos la faena durmiendo en el mismo catre.

En todas las casas era la misma tertulia. El anciano era el centro de atracción de todas las reuniones. Hasta que ocurrió lo inevitable. Alguien tuvo la brillante idea de traer la luz eléctrica al caserío. Aunque su llegada afectó para bien la vida de los pobladores; por ejemplo, muchos conocieron el hielo, elemento con el que solo habían tenido contacto a través de las obras de García Márquez. Pero el notable adelanto trajo consigo algunos males, y nuestros hijos nacieron y se perdieron el sagrado espectáculo de ver alineadas en la calle las filas de mechones de kerosén, luminarias que amanecían

encendidas enfrente de todas las casas. La luz eléctrica terminó por alejar a los antiguos visitantes de la noche: la Patasola no volvió a arriesgarse y nunca más se dejó ver por estos contornos; el Mohán no quiso enamorar más a las muchachas de la ribera del Caño de las Damas. Algunos se atreven a decir que estos personajes habían vuelto a visitar el pueblo, solo en noches oscuras, cuando la guerrilla tumbaba las torres de energía. En noches, algunos los han visto conversar frente a los billares de Manuel Rueda.

Pero lo peor ocurrió unos meses después con la llegada del TV, que en ese entonces era en blanco y negro. Este hijo de la electricidad comenzó a desplazarte, a robarte el lugar preferencial que tenías tú y todos los abuelos. Te desplazaron, te relegaron al cuarto de los trastos viejos. Yo no te miraba, y también empecé a olvidarte, Mama Vieja, y poco a poco tu lengua, tu mente y tu voluntad se te fueron tullendo. Fácilmente se podía notar en tus ojos la tristeza universal de sentirte inútil en tu casa, apartada como un mueble viejo e inservible. Los más jóvenes ya no buscan divertirse con tus cuentos, creen tener eso y más en las computadoras. Pelaya hoy es un pueblo de jóvenes. Los abuelos terminaron ignorados y han ido muriendo de físico olvido.

En dirección a mi casa, no volví a ver a nadie, solo un paraguas viejo caído de un balcón, una bolsa agitándose con el viento, una papelera llena de propaganda política... Es Pelaya, sin duda, un pueblo sin ancianos.





San Lucas

Residor

Catilla

Pelaya

Ciénaga

San Bernardo

Caño Alonso

La Gloria

La Estación

Simaña

La Mata

Molina

Bolívar

Rio Magdalena

Cesar





Enit Ávila

1. Los famosos

2. Enumeración caótica

1. Los famosos

Por las oscuras y muy sucias aguas del río Magdalena va Lis, con afán de llegar, sentada en un costado de la canoa, asombrada de verse en el atrevimiento de estar en una canoa gigante de hierro, cargada con siete motos y más de diez bicicletas con sus dueños, que también llevan afán. Los ingenieros van sentados en las tablas rugosas y sucias que atraviesan la canoa y son, en este caso, más cómodas que un butacón; van a media marcha, esquivando palos que boyan por el río, excusa perfecta para que Robín, el motorista, economice gasolina. Por mucho afán que se lleve, la canoa no acelera y su ruidaje hace que sea necesario gritar para cada cosa que se va a decir. Nos vamos acercando a la orilla. Lis lleva la cola mojada con el agua que levanta la canoa y se agarra fuerte de los bordes –que casi cortan sus dedos– para que el golpe de su transporte contra el muro no la tire al agua. “Amarra”, grita el motorista a su ayudante. Cumplida la labor, descansan.

Empezamos a subir la empinada orilla de barro. Lis, sin botas, hace malabares para no caer. A los ingenieros les bajan sus motos, con llantas buenas para resistir el barro. Los de la orilla, espectadores o chismosos, nos miran como a especie nueva, buscando algo, y encuentran la cara de

Lis. Los de La Palma siguieron para las fincas, los demás caminamos hasta el parque del puerto de las chalupas; allí las gallinas han dejado una alfombra de estiércol más resbalosa que el barro. Ahí aparece el guía de Lis, un niño descalzo y sin camisa. Es “Chayán”. “Seño, para dónde va”, le pregunta, y ella todavía no sabe, está encandilada por el sol, que, aunque es temprano, calienta y brilla mucho sobre los techos de zinc de Regidor entero.

En la casa de Marbel, la dueña de las gallinas, se empiezan a ver las caras de las hijas. Una a una van saliendo a mirar a la recién llegada, que va entrando a la residencia de don Abundio. Los que no la vieron tuvieron que esperar treinta minutos, que fue que lo tardó Lis en volver a salir. “Estoy lista para conocer Regidor”, dice emocionada la cachaca. Quiere regresar a la orilla porque le llamaron la atención los patos; el guía le grita, mientras agarraba una piedra: “son patos yuyos”, y tirándosela los hace volar espantados. “Porquerías, se comen todo el pescado”. Y allá ¿qué es? Un muerto boyando por la superficie, el cuerpo descompuesto, casi para reventar, ignorado por todos. “Nadie vio nada”. Halándola por el brazo el niño se la lleva a caminar las calles; sin poder borrar la imagen del cuerpo blanqueado por el agua, Lis voltea a mirar lo que sucedería cuando el golero le enterrara su filoso pico. “Mire la marrana”, trata de distraerla el niño. Ella sonrío al verla, seguida de diez marranitos, entrando en un rancho.

Buenos días, Seño, la saludó don Julio Florián. El niño la invitó a la casa del viejo Julio y él empezó a leer unas poesías que embellecían a Regidor, como si tratase de un paraíso, y a cada una la acompañaba de anécdotas que repetía con una que otra lágrima, como suelen hacer los abuelos. Siguió caminando las pocas calles, todas con una cantina en cada esquina, y clientes fieles, aunque sea martes. Hay alegría en el pueblo; se acerca octubre y se celebrará a Francisco, “El Santo”. Se estrena completo, “cuando la palma paguen los cultivos”.

A Lis nadie la reconoció. Parecía una cachaca, pero era de ahí. A sus padres los mataron en una finca cercana al pueblo, cuando ella tenía cuatro años. El tío, que no se atrevió a

recoger los cadáveres picados, se llevó a la niña para Bogotá. Han pasado veinte años y Lis está conociendo otra vez el pueblo, pero a nadie le puede decir que es una testigo más de lo que el silencio no podría borrar.

Ahora visitan a Viki, el viejo más chismoso. Con propiedad, critica todo lo que pasa en el pueblo, porque sabe tanto de lo sucedido que se enorgullece de hablar y hablar: “Porque este municipio de solo tres calles principales, cuyos sitios turísticos son la iglesia, la alcaldía y el puesto de policía, no tiene agua potable, alcantarillado ni gas. Pero se come pescado, se respira aire puro, y ando todavía en mi caballo, con tierras tan fértiles que nunca falta el maíz y la yuca”.

Los mosquitos azotan a Lis, quien se va corriendo a su hotel y desde la ventana sigue mirando cómo acaba la lluvia con los caminitos secos que antes se podían transitar. Se siente un ruido ensordecedor. Lis no sabe qué pasa. Don Abundio le dice: “Tírese al suelo; los remolcadores, otra vez contra los otros”. Se acuesta en el piso, con ganas de llorar. Un cilindro explota. Ella piensa en los niños de casas de paredes de bahareque y techos de palma, como esa donde entró la marrana con los marranitos. Lo que Lis no sabe es que ellos tampoco dicen nada.

Para mí ha sido difícil describir el recorrido de Lis, porque en pueblos como Regidor, desde hace años, nada, nada impresiona.



2. Enumeración caótica

Me gusta el olor a leña,
me gusta el crujir del fuego cuando la devora,
me gusta la tierra y lo que de ella brota,
me gusta el viejo por sabio,
me gusta la luna de todos,
me gusta el sol, aun cuando a todos quema,
me gusta leer, tener, caminar,
cambiar, ignorar, y verte.

Me gusta la vida, cuando de mí procede,
me gusta un cielo, un mar, una montaña,
un Dios, porque sin él no hay nada.

No me gusta la angustia de madres que lloran por hijos
que asustan, que matan, que roban, que huyen, que mienten,
que duelen.

No me gusta el silencio del ignorante,
del amenazado, del confundido, del maltratado,
del culpable, del dolido, del cómplice, del resentido.

Me gustan los niños, por atrevidos,
por inocentes, por sorprendidos,
por perdonadores, por creadores,
por niños,
porque de ti y de mí aprenden.

Te pienso con amor,
con odio, sin razones,
con furia, con lástima,
con pasión, como inerme,
con dolor, por no tenerte.

Me gusta todo cuando estás presente,
no me gusta nada contigo ausente.

Me gusta el azul y el verde.

Me gusta no tener tu gusto,
me gusta mirarte, sorprenderte,
pensarte, quererte y olvidarte.

Me gusta lo que me gusta,
me gusta como me gustas.



Vladimir Ditta Matacuras

Sentados en viejos taburetes, a la sombra del frondoso naranjuelo del frente de la casa, acompañados por ese silencio marcado característico de los pequeños pueblos después de medio día y algo sofocados por el calor que hacía aquella tarde de intenso verano, luego de haber intercambiado muchas anécdotas que papá solía contar, le pregunté por qué le causaba tanto disgusto escuchar que a alguno de nosotros nos dijeran “rioviejero matacuras”. A lo cual me respondió, con su tono firme, aunque algo cansado, por su marcada edad, empuñando la navaja que acostumbraba tener para cortarse, según él, los gavilanes, que así llamaba los callos que le salían al costado de los dedos, a la altura de las uñas:

—Resulta que en el año 1948, cuando mataron a Gaitán, en Río Viejo solo tenían radio la clase pudiente y la casa parroquial. Al enterarse de la noticia los sacerdotes –pues había tres curas en el pueblo, de apellidos Melo, Gómez y Múnera, y este último se encontraban fuera del municipio, que para esa época se llamaba Olaya Herrera– quisieron ocultarla, pero un grupo de muchachos que esa tarde jugaban en la plaza lo escucharon y fueron a sus casas a informar a los padres de lo sucedido. Entonces la gente quiso doblar las campanas, en duelo por la muerte del caudillo, ya que la mayoría de los habitantes éramos liberales. Y como los curas de la época defendían al Partido

Conservador, uno de ellos se opuso intimidando a la gente con un revólver que ocultaba bajo la sotana, y por eso el pueblo se revolucionó e intentó matar a los curas, que fueron protegidos y sacados del pueblo por la policía, con uno de ellos herido. Y como la policía también era conservadora, intimidó a los civiles y prendió muchas casas de palma y bahareque, por lo que la gente tuvo que huir hacia las haciendas El Piñón, propiedad de Emperatriz Zanabria, y Las Camelias, de don Rafael Vargas. Y lo curioso –seguía contando mi padre con una sonrisa– es que la gente, en medio del susto, cargó con muchos chécheres que, después de las correndillas, no podían alzar y mucho menos arriar solos, como sucedió con los grandes y pesados baúles de madera. Las mujeres, cuando iban a cruzar las cercas de alambre, no tenían ninguna pena en levantarse las faldas y dejar ver sus pantaletas, y les decían a los hombres que no pararan bolas, que el tiempo no estaba para eso.

Cuando esto sucedió –continuó mi padre, rascándose el pecho–, los hombres del pueblo se llenaron de valor y esperaron a que la policía agotara toda su munición. Entonces salieron a defenderse y mataron a dos, porque ya estaban cansados de los abusos del cura y de la policía, que permitieron que personas conservadoras provenientes de Gramalote y El Playón, Santander, que ingresaban por Gamarra cogiendo el río Morales, saquearan la población, y también porque ya habían matado a muchas personas, como a tu bisabuelo, Toribio Otálvarez, el abuelo de tu mamá María, a quien asesinaron cuando en un descuido se salió a la calle creyendo que los asaltantes se habían ido.

Ese mismo día mataron a tiros un loro de la señora Manuela Otálvarez, porque gritaba “¡Qué viva el partido liberal! ¡Abajo los hifueputas conservadores!” –dijo mi padre soltando una carcajada–. Y yo también sufrí, porque vine a La Gloria a traer a la prima Delia del Ducca, que estaba mala de parto, y me capturaron y encalabozaron por ser liberal –continuó su relato mi padre–. Pero me escapé en el momento en que nos sacaron para matarnos en el cementerio y llegué al frente de Regidor, donde me refugié en la casa de mi madrina, la mamá de los

Flores. Sufrimos mucho y muchas familias tuvieron que irse a pueblos cercanos, como Papayal, y los que nos quedamos tuvimos que defender el pueblo a palo, piedra, machete y escopeta, pero con tan mala suerte que un tiro de cañón que habíamos preparado para derribar la lancha en que llegaban los saqueadores, a quienes se les decía “chulabistas”, no pegó en el blanco, y entonces la situación se nos complicó y hubo enfrentamientos.

En medio de todo esto –dijo con voz apagada, fatigado por el calor–, la población quedó bastante destrozada, pero la policía fue derrotada y desde entonces pasó tiempo en llegar fuerza pública policial a la comunidad. Se dijo que en el enfrentamiento el cura fue degollado y tirado al río, por eso es que a los rioviejeros nos llaman mataduras, aunque en realidad estos no mataron a ningún cura, por eso y por las tristezas de aquellos tiempos es que me causa tanto disgusto escuchar que nos llamen “rioviejeros matakuras”.



Jairo Enrique Romero

El pueblo fantasma

En el sur de Bolívar, a orillas del río Magdalena, muy apartado de la capital, se encuentra el municipio de Regidor, un ente territorial muy pequeño, pero con unos pobladores echaos palante. A algunos les gusta trabajar la tierra sembrando sus cultivos de pan coger y otros se dedican a la actividad artesanal de la pesca. En épocas pasadas nos golpearon algunas fuerzas oscuras. Menos mal que esto ya es historia, son malos recuerdos, hoy vivimos con la esperanza de que Dios nos tenga con buena salud, para poder soportar las arremetidas del invierno.

En el año 2007, la creciente del río y sus corrientes de aguas engañosas parecían correr lentamente, como para no crear sospechas, pero también subían lento y los habitantes, muy contentos, creímos que lo habíamos controlado. Sin embargo, la fuerza de sus aguas se llevó el muro que los protegía, abriendo un boquete de aproximadamente 100 metros e inundando todos los corregimientos, de modo que los pobladores perdimos lo que teníamos. Pero Dios es bueno, y mientras nos tenga con vida, hay que luchar y seguir.

Tres años después, por la ola invernal que estaba viviendo el país, vuelve el río y deja destrozados los cultivos de palma de la región, con pérdidas económicas incalculables, y los

campesinos nuevamente quedamos con los brazos cruzados, sin saber qué vamos a comer, con los hijos llorando de ver nuevamente el daño causado por la naturaleza y, lo más triste, sin alimentos, ya que el agua se llevó todo lo que encontró a su paso. Pero, como dice el refrán, “Ningún hijo de Dios muere bocabajo” y hay que seguir soportando hasta que el cuerpo aguante.

Y vuelve el invierno, quizá más fuerte. Las aguas turbias siguen corriendo río abajo, de manera silenciosa, como queriendo ganar la confianza de los pobladores, que viven a sus orillas; sin embargo, hombres mujeres y niños trabajan incansables arriando tierra en costales para reforzar los muros de contención. Y el río sigue subiendo lentamente, como esperando el cansancio de las personas para poder sorprenderlas en el momento menos esperado. Hasta que el 25 de abril, a eso de las 5:30 a.m., el río aumentó su caudal y traspasó las barreras, al punto de inundar por completo la población, mientras sus aguas tomaban fuerza derribando casas y árboles y ahogando animales.

Era impresionante ver a los niños, jóvenes y ancianos correr y llorar, por querer salvar sus vidas, y sin poder hacer nada por sus enceres. A medida que pasaba el tiempo, la corriente tomaba fuerza, hasta que se llevó la iglesia, y ni san Antonio, que descansaba en su santuario, se salvó de la catástrofe. Hoy San Antonio es un pueblo fantasma, enterrado bajo el lodo, casi diría que olvidado, con sus pobladores albergados en municipios vecinos, y los pocos que volvieron aún siguen soñando con el paraíso que alguna vez fue su pueblo.



Zulibeth Suárez Huevo de Pisca, Gitano y Primo Hermano

Ayacucho es un corregimiento mediano del municipio de La Gloria, enclavado en un agradable valle formado por las estribaciones de la Serranía de los Motilones y surcado por la quebrada del Cuaré. Es un pueblecito tranquilo, de temperatura agradable, con calles pavimentadas, cada una de ellas conocida por sus nombres peculiares, tomados de alguna novela de moda o a raíz de algún suceso particular, como la famosa calle Cuarenta, donde se dice que viven todos los chismosos y uno se puede enterar de los diferentes sucesos del día o de la semana de manera pormenorizada. También está la calle Canta Rana, la nueva invasión donde antes se oía a estos batracios con sus coros nocturnos ambientar las noches en tiempo de invierno.

No muy lejos del pueblo, para la parte este, subiendo el piedemonte, se encuentra la cascada que forma el torrente de la quebrada, en un sitio muy famoso para los habitantes de las poblaciones vecinas y de lejanas tierras, por el hermoso espectáculo que ofrecen las cascadas y por ser el lugar para realizar los paseos después de las fiestas. Allí se llega dando una caminata bajo la abundante vegetación y recorriendo los senderos demarcados por cientos de turistas y propios. Desde ciertos lugares se puede observar el apacible pueblo, tan llamativo como las cascadas de las barandillas.

Al atravesar el pueblo siempre se encontrará a tres personajes: “Gitano”, “Primo Hermano” y “Huevo de Pisca”, quien recibió su sobrenombre por la comparación de su cara blanca llena de pecas con el huevo de la pava o pisca. Gitano es un hombre flaco y alto, de 1,85 m de estatura, y siempre se le ve tomando tapetusa, una bebida alcohólica destilada en alambiques caseros del municipio de Río de Oro. Este trago muy famoso por su uso en remedios “contras” y también por lo económico, pues lo venden en cuartos botella y galón. Primo Hermano es un hombre delgado, alto, mono, de cara descarnada, en la que se marca de manera muy visible la figura de los huesos, y tiene una nariz como pico de águila. Siempre va acompañado de tres perros del mismo aspecto de su dueño.

Estos señores trabajan dos días y luego se ubican en una esquina, en la tienda de Isoel, y se embriagan del néctar de la caña, protagonizando siempre algún espectáculo. Los tres son objeto de “triquiñuelas”, por así decirlo, de los jóvenes. Como la vez que a Primo Hermano le pintaron de negro medio bigote y una ceja, por lo que le quedó una parte mona y la otra negra. La escena era tan graciosa que el que lo veía sufría un ataque de risa. En otra ocasión también le hicieron un corte muy peculiar, de esos que usan los jóvenes hoy en día y son el hazme reír de los ayacucheros.

También ocurrió otro día que, estando borrachos, Huevo de Pisca y Gitano se estaban besando en el parque, y en ese momento llegó María, la esposa de Gitano, una mujer de baja estatura, encorvada, esmucada. Llena de rabia, al verlo en semejante espectáculo, esta lo golpeó con lo primero que encontró en el lugar. El golpe fue tan fuerte que cayó desmayado. De verlo tirado en el piso, empezó a socorrerlo amorosamente con besos, asustada y arrepentida. Y al volver en sí Gitano, se fue con su esposa para la casa.

Zabeida María Hernández

Noche de terror

El año 1991, una noche tranquila, siendo las 7:00 p.m., cada uno en lo suyo, se encontraban los habitantes de un pueblo pequeño, lejos de la maldad de aquellos que en algún momento sentían la necesidad de perturbar la tranquilidad de las personas que allí habitaban. En sus casas algunos relataban lo sucedido en el transcurso del día, otros veían el noticiero para enterarse de lo que sucedía a su alrededor. Entonces esos momentos, mi amiga María, una mujer alta, delgada, de tez morena, sintió que la reja de su casa era golpeada fuertemente contra el piso. Ella se encontraba en la cocina con su hija de dos añitos y su esposo, un hombre robusto, moreno. De pronto escucharon una voz violenta que decía: “Salgan todos. Vayan al parque, que hay una reunión, ¡pero ya!” Al escuchar esto, ella salió a ver qué pasaba, y cuál sería su sorpresa al ver que un hombre armado se dirigía hacia ella, con el rostro tapado. El miedo la invadió y empezó a gritar. Su esposo, al escuchar sus gritos, salió con la niña. Entonces el hombre los cogió y los empujó hacia la calle, dando orden de que salieran, que había una reunión. Y nuevamente retumbó esa frase en sus oídos. Como aturdida y muy asustada, salió cogida de su niña y de su esposo. Cuando llegaron al parque, sitio de la reunión, de pronto a lo lejos vieron venir a varios hombres, también armados y con las

caras tapadas, que decían: “Contra la pared. Nadie se mueva o se mueren”. La niña, en brazos de su esposo, empezó a llorar, tal vez por escuchar los gritos de aquellas personas que brutalmente los habían sacado de sus casas, pues ella, en su inocencia, no sabía lo que estaba pasando. Y todos estaban nerviosos y a todos las invadía el pánico y la zozobra de saber lo que estaba pasando.

“Lo extraño es que solamente se quedó uno de ellos con nosotros”, recordaba María. Apuntándonos todo el tiempo con su arma, nos miraba fijamente, y decía con voz tosca y arrogante: “No se muevan o disparo”. Ella, llena de miedo, abrazaba a su niña y rezaba pidiéndole al todopoderoso que los ayudara y los sacara de esa pesadilla. Hubo un momento en que a todos los pusieron delante de una casa grande que estaba deshabitada por esos días, y no se sabe si fue el pedirle tanto al todopoderoso que los salvara, pero de pronto alguien empujó la puerta y de repente se abrió y todos corrieron hacia dentro. El hombre, desesperado, al ver esto, empezó a disparar. Todos, con gran pánico, nos tiramos al suelo, y un hombre robusto saltó del piso rápidamente y cerró la puerta con una tranca que la atravesó de lado y lado. En esos momentos, un señor gritó: “Me hirieron, me hirieron”, y en medio del susto todos se acercaron a verlo. Pero gracias a Dios la bala solamente le había rozado el pie. La gente gritaba y el pánico era inconfundible. Al lado de él estaba Jaime, el hermano de María, y a pesar del miedo rasgó la camisa y envolvió el pie sangriento.

Pasaron unos minutos y todo se encontraba en silencio. Y ya no se oía la voz tosca y fuerte. Entonces uno de nosotros, muy sigilosamente, se acercó a la puerta, pero no se escuchaba nada. Al regresar, golpearon a la puerta y varias voces decían: “Salgan, salgan, que ya se fueron”. Como volviendo a nacer, abrieron con cuidado, porque todavía el pánico los invadía. Y ya algunos de sus amigos ya los estaban esperando para darles la noticia que tanto esperaban. María, en su desesperación, les preguntó quiénes eran y qué querían. Entonces se acercó una mujer y le dijo: “Tranquila, que ya

todo pasó, eran unos ladrones que entraron a varias casas y se llevaron televisores, grabadoras y todo lo que encontraron a su paso”. Pero lo más importante para María era que estaban vivos. Su esposo, con la niña en brazos, ya dormida, sin saber lo que sucedía, la abrazó, y se fueron a casa. Y ella, con voz entrecortada, y muy asustada por todo lo sucedido, les dijo a sus amigos: en instantes, la vida nos puede cambiar y el destino jugar nos una mala pasada.



Aura Piedad Venecia

Cosas del destino

Son recuerdos que mi mente jamás olvidará, momentos de angustia que acabaron con ilusiones de disfrutar de las bondades de nuestro mar, en la bahía de Santa Marta. Ese 8 de noviembre de 2002 era un día muy esperado por los jóvenes que terminaban undécimo grado. Todos rebotaban de felicidad porque conocerían Santa Marta, uno de los sitios turísticos que tiene mi país. “Profesora Aura, es solicitada en el grado undécimo”, me dijo Kelly Pedrozo, una linda chica de ojos verdes y sonrisa encantadora. “¿Qué pasó?”, le pregunté con cierto nerviosismo. “No sé, la necesita la profesora Osmith”, una morena alegre y lista pa’ las que sea. Al llegar al salón, un lugar acogedor en donde me sentía apreciada, los chicos se tenían bien guardada una sorpresa y me dijeron en coro: “Que vaya, que vaya”, y les pregunté adónde. Me dice Osmi: “Pilly, tú eres nuestra invitada a la excursión; porque te lo mereces, has trabajado con nosotros, de modo que no digas que no vas, te lo pedimos, no te quedes, ya que tu presencia es importante en el grupo”. Mis palabras en ese momento fueron: “No tengo plata, les agradezco mucho; pero no puedo acompañarlos”. Sentí tristeza, porque ese grupo significaba mucho para mí.

Esa misma tarde llegó un amigo y le comenté la situación. Él me dijo: “Profesora, yo le presto \$100.000 para que vaya, después me paga”. El 10 de noviembre, los chicos insistieron

en que fuera, que si quería llevar plata que llevara, pero que, si no tenía, no era problema. Yo estaba indecisa, pero de todas maneras tomé la decisión de viajar con el grupo de jóvenes, la directora de grupo y el rector de la institución. Todo estaba listo, pero nadie se imaginaba lo que horas más tarde sucedería.

Alisté poca ropa, un radio para escuchar noticias, documentos, los 100.000 pesos y lo que no me podía faltar, una agenda y la Sagrada Biblia. Por otro lado, los muchachos esperaban en el parque, estaban contentos y listos para viajar. Esperaban desde las 8:00 p.m. Aún las ganas de viajar para mí eran pocas. Una alumna que vive en el mismo barrio, muy extrovertida por cierto, pasó y me gritó desde afuera: “Ojo, profesora, estese lista, que el bus no demora”. Le comenté a mi madre: “No sé, no tengo ganas”. Ella me dijo: “Ay, hija, vaya y se divierte”. Al rato, vuelve la joven y me dice: “Nada, profesora, no llega el bus; pero ya viene en camino”. Le dije: “Yuris, no voy para ningún lado, decidí acostarme”. Siendo las 8:50 p.m. se escuchó la algarabía del bus. Yuris llegó a la casa y con su insistencia logró convencerme. “Vamos, profesora, que nosotros queremos que usted vaya con nosotros”. Me levanté de la hamaca y nos trasladamos al parque. Se notaba la alegría de los jóvenes a leguas: muchos de ellos prestaron hamacas, zapatos y ropa, ya que eran estudiantes de escasos recursos. En fin, antes de partir, oré, y leí en la Biblia el salmo 91. Una estudiante que se encontraba detrás de mí hizo una oración, algunos reían, otros no podían creer que ya viajábamos a Santa Marta. Me senté en la primera silla y recordé cuando yo viajaba en la excursión de mi promoción. Más adelante recogimos al rector, quien se sentó a mi izquierda. Conversamos sobre el día del grado de los muchachos y de las actividades de fin de año. Llegamos a Pelaya y proseguimos el viaje, que terminaría en el destino fijado. Escuchábamos música del Binomio de Oro, del desaparecido Rafael Orozco, canciones de mi preferencia. Cantábamos, y algunos muchachos tomaban Antioqueño. De esa manera nos dirigíamos al tan anhelado lugar, que conocerían muchos. Siendo aproximadamente las

2:00 a.m., todo cambió. Exactamente en la variante Fundación-Aracataca vi salir, como especie de caballos a la derecha de la carretera; pero los caballos venían uniformados. Creí que eran guerrilleros. Desesperadamente, le dije a mi compañero: “Melvis, Melvis, la guerrilla nos cogió”. Él iba dormido, como iban los demás. El conductor frenó e inmediatamente los delincuentes rompieron los vidrios de la buseta e ingresaron armados con piedras, cuchillos y escopetas. Esos tipos olían a bacinilla de loca, así como a pimienta vieja o rancia. Los muy desgraciados nos condujeron a un cultivo de palma y plátanos. “Por aquí, partida de zanganos, pórtense bien y no les pasará nada, y cuando termine todo esto, uno de ustedes se quedará con nosotros”, decía uno. Me imagino que todos, al igual que yo, se preguntaban “¿seré yo, maestro?” Nos despojaron de todo lo que llevábamos, también al pobre Vitico, que viajaba con nosotros, lo dejaron cruzado de manos, y él había aprovechado el viaje para constatar un negocio. Al llegar al sitio donde terminaría el atraco, nos bajaron. A pesar de todo, estaba segura de que nuestras vidas no correrían peligro. Uno de los delincuentes intentó tocarme, pero con valor le dije que no lo hiciera. Gracias a Dios no pasó nada. A pesar de que estaba con efectos de alucinógenos, me empujó encima de un tronco. Lo mismo sucedió con una niña que gritaba, porque querían hacer lo mismo con ella. Mi compañera le decía: “Déjese, nena; déjese, nena”. Por otro lado, un joven quiso rebelársele a otro, pero el rector le dijo “Cálmese, Rodrigo”. A todos nos colocaron bocabajo, mientras saqueaban las provisiones y las otras pertenencias que llevábamos para los días que estaríamos allá. Al rato se fueron. Después les dije a todos: “Ya se fueron”, y me levanté a buscar qué encontraba. Se habían llevado prácticamente todo.

Salimos a la carretera. Lo más irónico es que estábamos cerca al peaje, donde había presencia de Policía y Ejército. Expresamos lo sucedido, pero a nuestras palabras se las llevó el viento. Pasado el impase, en el peaje me reía de ver a Osmi en medias. Le quitaron hasta los zapatos, y comentábamos sobre lo sucedido. Decidimos seguir el viaje. Al llegar, le comentamos a la Policía que se encontraba en la playa y nos

dijeron: “En Fundación es que deben colocar la demanda”. Eran las 5:30 a.m., nos fuimos para donde la amiga que nos estaba esperando y después de comentarle, nos hizo desayuno, nos atendió con mucha amabilidad. Es que Winy es muy atenta y su familia también. Fuimos al Rodadero. Pienso que los muchachos estaban felices, porque, a pesar de todo, el sueño se les cumplió. Ya en el pueblo se sabía todo. Víctor había llamado a la telefonista. “Podrán imaginarse –me comenta mi mamá– que la gente del pueblo estaba ansiosa por vernos regresar”.

Ahora me pregunto si fue destino o casualidad, pero gracias a mi versión y a la descripción de los retratos hablados y a que entablamos la demanda en Fundación, siendo las 2:00 p.m. del 11 de noviembre, según noticias posteriores, capturaron a la banda. A algunos los dieron de baja. Recuerdo que, cuando hablé con el comandante de la Policía, dijo: “Esos son los soldados que se traban y operan con los delincuentes de la zona. Se nos han escapado muchas veces”. Si eso hacen quienes nos prestan “seguridad”, en quién confiamos. Al llegar al pueblo, la gente nos esperaba aglomerada en el parque. Se notaba la inquietud por saber cómo habíamos llegado.



Carlos Alberto Aguirre Esperando el progreso

Sosegado, como el andar de hormigas que van y vienen llevando su carga por un camino demarcado, así es “El Cruce”, como llaman comúnmente a La Mata. Desde sus orígenes, este era el paso obligado de los transportadores. Antes de que pasara la Troncal del Caribe, “La ruta hacia el mar”, los arrieros transitaban con sus recuas de mulas y bajaban del Carmen o Guamalito cargados de panela, café y aguardiente destilado de su alambique. La preciada carga se llevaba a La Gloria, a San Bernardo, a Castilla, a Gitarrilla y más allá. De regreso, se los veía pasar con sus bestias cargadas de pescado salado, queso costeño y plátano.

Hoy en día, los arrieros transitan la senda negra de intermitentes rayas amarillas por la que se pensó que llegaría el progreso, pero no la llevan en animales de cuatro patas, sino en enormes y pesadas mulas de innumerables llantas. Pero, como los arrieros con su carga, La Mata sigue igual, similar a muchos lugares de Colombia que nos recuerdan al Macondo de Gabriel García Márquez, forjados por personas venidas de Norte de Santander, del Magdalena, del sur de Bolívar, sin ninguna identidad con sus calles destapadas y sin alcantarillado y con problemas de suministro de agua, siempre burlados por los políticos

de turno que, ávidos de los votos que les permitan ganar el fortín de los cargos públicos, sin ningún escrúpulo prometen soluciones para todo.



Édinson Enrique Benavídez

Hablando un poquito de La Mata

Sentados en taburetes, recostados contra las cuarteadas paredes de barro y bahareque, y cargados de fantásticas historias, se encuentran descansando los ancianos. Cargados de años, observan con su corta vista el ir y venir de personas que circulan como hormigas arrieras, dejando a cada paso las huellas que plasman, evidencia a la vez del progreso que puede tener una población huérfana de dolientes, y evidencia de que se puede alcanzar un futuro promisorio con personas tan humanitarias como las de La Mata, esta localidad privilegiada del sur de Bolívar, atravesada por un largo piso negro decorado con líneas blancas y amarillas que en su maravillosa longitud la comunica con el resto de nuestro fantástico país.

“Qué hubo, llave”. “Qué hubo, ñero”. Así es el saludo de un hombre que ofrece en venta las piedras preciosas que carga en los bolsillos. Y solo él sabe qué valor pueden tener. Su nombre es Eriberto, un ser humano víctima de la guerra sucia que se vive en la maltratada Colombia. Aunque tiene momentos de lucidez, su forma de actuar y vestir deja ver la locura que causaron en él las diferentes batallas en las cuales participó. Pobre Eriberto, hoy es el loco del pueblo, y “pueblo que se respete tiene su propio loco”, como dicen por ahí.

Los pobladores de esta localidad no pueden olvidar aquel pasado teñido de rojo ni el olor que emanaban los cuerpos tirados a orillas de la carretera ni el sabor salado de las lágrimas expulsadas por los ojos de cada familia ante el asesinato de un ser querido. Hoy La Mata se ha recuperado de esa ola de violencia causada por personas que, comparadas con Eriberto, no le llegarían ni a los tobillos. Ahora se respiran aires de paz y los habitantes están dedicados a sus labores cotidianas. En El Cruce se vive la alegría de los vendedores de frutas, de agua y de refrescos, con cánticos de venta que motivan a la compra a los turistas. También se ve divertirse con sus chistes y ocurrencias al gremio de conductores, siempre reunidos en “la chaza”, entre otras cosas, chismoseándose la vida a los demás o, como se diría, “raspándoles las costillas a los cristianos” que viven o pasan a su lado.



Nelys María Lozano Tarde Trágica

Luego de una larga jornada de trabajo en el campo, Ñañe se sienta a descansar en su taburete, en pantaloneta, descamisado y descalzo, como de costumbre. Mientras tanto, Naty, su compañera, una morena alta y robusta, de paso lento por su edad avanzada, se acerca a él y le pasa una totuma de guarapo y regresa a la cocina. Luego sale con un balde para dar de comer a los marranos. Ñañe, tranquilo y desprevenido, contempla el atardecer. El ambiente es silencioso y tenso, como si quisiera decirle algo. De pronto siente que un escalofrió trasmina su cuerpo y quiere levantarse de inmediato, pero sus piernas no le responden. Lo intenta una y otra vez, pero es inútil. Desesperado, llama a su compañera, sin obtener respuesta. “Algo anda mal”, dice Ñañe. Intenta nuevamente levantarse, y esta vez lo logra. Con pasos lentos, aunque seguros, la busca por toda la casa y, al no encontrarla, se dirige a la cochera, que está en el otro extremo. No más llegar, queda impávido ante la escena que tiene frente a él. Con las manos temblorosas, se coge la cabeza, pues no puede creer lo que ven sus ojos.

Reacciona con pasos inseguros y, casi trastabillando, retrocede, mientras con la mirada busca desesperado un garrote. Al encontrarlo, lo agarra casi con vehemencia y rápidamente se dirige a la cochera y “!troj!”, le da tremendo golpe a Pepe, el

corpulento cerdo blanco que con sus enormes colmillos se devora sanguinariamente el cuerpo indefenso de Naty, tirado en medio de un pozo de sangre, todo desgarrado, las vísceras y los miembros regados por toda la cochera.

El animal lanza un chillido de ultratumba y de inmediato rueda por el suelo. Cegado por la ira y el dolor, Ñaño golpea al animal hasta matarlo. Luego levanta desesperado el cuerpo destrozado de Naty y lo lleva hasta la casa. Dando gritos de dolor, como fiera herida, alerta a sus vecinos, que acuden de inmediato y dan aviso a las autoridades de lo sucedido. Al llegar al lugar, encuentran a Ñaño recostado en la pared, junto a un mesón donde ha puesto los restos del cuerpo de su compañera, con la mirada perdida y sumido en un profundo letargo. Minutos más tarde, mientras las autoridades hacen la inspección del lugar, Ñaño se deja escurrir y cae fulminado. Su corazón no puede resistir tanto dolor.



Delys Esther Romero

¿Fantasía o Realidad?

Un sábado, a eso de las cuatro de la tarde, cuando el sol comienza a ocultarse y las lavanderas recogen las piezas de ropa tendidas a orillas de un riachuelo de aguas claras que atraviesa un destartalado puente de madera que los jóvenes y niños utilizan como rampa para lanzarse a sus apacibles aguas donde muchos aprendieron a nadar. Raúl, joven dicharachero y arriesgado, al que llamaban popularmente Papi, se divertía con un grupo de amigos zambullendose en el río. Pero cuando vieron que caía la tarde, sus amigos le propusieron al Papi que regresaran pues se comentaba que en las profundidades habitaba un ser sobrenatural que merodeaba y acechaba a sus victimas a la hora del crepúsculo. Sin embargo, el Papi no hizo caso y siguió bañándose. En una de sus zambullidas el Papi sintió que alguien lo sujetaba con gran fuerza, no pudo zafarse, un terror se apoderó de él y lo único que se le ocurrió fue cerrar sus ojos e invocar a Dios. Sentía que las fuerzas le fallaban.

Tiempo después Papi comentaría que no podía explicar que sucedió. En efecto, pasados algunos minutos, logró salir a superficie y desde allá observó que esa fuerza que lo llevaba al fondo tenía figura de hombre pero cubierto de piel de los pies a la cabeza.

Regresó apresurado a su casa cuando las luces de la vieja planta del pueblo ya daban la bienvenida a esas noches oscuras que a los niños les producen miedo.

Su madre lo esperaba con rejo en mano y le propino una paliza dejando sus nalgas adoloridas. Con el rostro descompuesto Papí relató en su casa lo acontecido, pero nadie le creyó y todos lo miran escépticos . “Es pura marrullería” pensaban. Pero cuando se escuchan voces de otros jóvenes a los que aconteció lo mismo, sin embargo cabe la duda si lo sucedido sería realidad o fantasía? Lo sucedido. Por mucho tiempo este mito rondó por las mentes de los jóvenes y los niños que no volvieron a bañarse al puente por temor que se les apareciera ese ser.



Liney Carrascal

Abandono

Una familia muy pobre vivía con su pequeña hija, de tan solo seis años, llamada María, de ojos claros, cabello rubio y piel blanca. Ella, en su inocencia, no se imaginaba lo que pasaba por la mente de sus padres. Su casita estaba hecha de bahareque y techo de paja, y los pisos aún eran de tierra. Lo peor de todo es que no contaban con comida y les dolía ver a su niña pasar este tipo de necesidades. Fue entonces cuando estos malvados decidieron llevarla a un paseo por el bosque solitario y dejarla allí abandonada a su suerte. En medio de la angustia, el dolor, el llanto que la abrumaba, María pensaba: “Por qué me dejaron sola”. Ella no entendía qué estaba pasando. María alzó la mirada, sus ojos estaban llenos de lágrimas y vio a lo lejos que alguien venía. No sabía quién era, pero sintió una gran alegría, pues se acercaba a ella una mujer de más o menos 30 años, de piel morena, cabello negro y expresión sonriente y cariñosa. Le dijo: “No te preocupes, no tengas miedo. Yo estoy aquí para protegerte, no llores, por favor; eres muy linda, y mereces tener una familia”. La niña la miró y le preguntó: “¿Quién eres tú para decirme eso? ¿Mis papitos te dijeron algo? “No, claro que no, yo no conozco a tus papás, a mí me gusta venir por estos lados, en este lugar me siento bien, al sentir el olor fresco del bosque, sus plantas, el aroma de las flores”.

La mujer le dijo: “¡Vente conmigo a mi casa! Allá estarás mejor, y yo te cuidaré y ayudaré”. La niña aceptó la propuesta. Cuando María llegó a aquella casa, en su rostro se reflejó un asombro, una sorpresa, ya que vio muchos jardines, y un cuarto lleno de juguetes para ella sola. Y pasaron los años y María se convirtió en una hermosa jovencita, ya que en ese entonces había muerto esa mujer que un día la ayudó. Marina, como se llamaba ella, tenía cáncer. Desde ese momento, María fue la heredera de toda su fortuna.

Una mañana de esas que a una no le provoca levantarse porque llueve y hace mucho frío, tocan a la puerta, pero María decide seguir entre las cobijas. Doña Juana, la ama de llaves, una señora gorda, de piel trigueña, noble, la cual quería mucho a la joven María, abrió la puerta y se encontró a una pareja de forasteros. Ellos anunciaron que buscaban trabajo, sin saber que, por cosas del destino, le iban a pedir ayuda a aquella niña que un día dejaron abandonada. Luego Doña Juana los hace seguir y les dice que esperen un momento. Se dirige al cuarto de María, que aún dormía. “Niña, niña María –así la llamaba con cariño–, la necesitan una mujer y hombre que buscan trabajo”. María respondió: “Ya voy”.

Para María fue un motivo de sorpresa ver esa pareja. En ese entonces ellos tenían aproximadamente 50 años, y pensó: “Así serían mis verdaderos padres, esas personas inescrupulosas que se olvidaron de mí”. Les preguntó cómo se llamaban, y él dijo que Juan y ella que Carmenza. ¿Qué saben hacer? Ella dijo “todos los oficios de la casa” y él, “labrar la tierra”; entonces ella les contestó: “Bueno, está bien. Por estos días no tenemos quien ayude a mi nana Juana; ya hablaremos lo del precio”. Ellos respondieron: “Eso no importa, solo queremos un plato de comida y un lugar donde dormir”. “Bueno, como quieran”.

Al pasar un tiempo, Carmenza se fue ganando la confianza de María y ella le contó lo que le había sucedido cuando niña. Carmenza se sintió muy mal y triste, y sus ojos se pusieron llorosos; entonces ella le preguntó qué le pasaba. Carmenza dijo: “Te lo voy a contar: ese obrero y yo somos tus

padres, pero aquel recuerdo que tienes fue todo planeado. Marina tenía muchísima plata, además no podía tener hijos, y decidimos regalarte, así tendrías una mejor vida”. María vivió tanto tiempo sin sus padres que decidió perdonarlos y así fueron felices para siempre.



Sary Esther Hoyos

De este año no paso

Desde que tuve uso de razón siempre escuché las quejas de mi abuela acerca de su salud, puesto que, al parecer, nunca disfrutaba de ella. “Estoy grave. De este año no paso”. Mi abuela era una señora morena de baja estatura, de temperamento fuerte y cabello tan blanco que parecía una mota de algodón. En una discusión, siempre creía que tenía la razón, porque las que no ganaba las empataba.

En cierta ocasión me encontraba parada en el portoncito de madera de la casa, por donde se salía a un pequeño callejón. Por allí pasaban los habitantes del pueblo, y pasó la señora Rafaela Barahona, una morena alta de una voz chillona de tono bastante elevado, a quien los muchachos, escondidos, le gritaban “Moño blanco”, porque tenía el cabello alante negro y atrás blanco, de la cana. Era la rezandera del pueblo y se pasaba todo el día en la iglesia, ayudando al cura en los quehaceres de la casa cural y arreglando la cosas para la misa, y también se encargaba de tocar las campanas. Ella, al pasar, me grito: “Adiós, ‘Mona cuca’”, como cariñosamente me decía, y preguntó “¿Y ‘La Mella’ cómo está?” Le contesté que bien, como aquella niña inocente que no le daba importancia a los achaques de su abuela. Sin percatarse de que ella estaba cerca, al escucharme me insultó: “Muchacha del carajo, ¿no sabes que estoy grave?” Mi abuela era “La

Mella” y su compañero “Chucho”, como cariñosamente le decían, era una persona con unas características especiales, porque, aunque era un hombre de edad avanzada, no dejaba de ser un niño; tenía problemas de retardo mental. Hacía reír a la gente, y le daban monedas para que los divirtiera un rato. Contaba cuentos e imitaba animales. “Chucho, ¿cómo hace la vaca?” “Muuuu”, y así hacía con cada animal que le pronunciaran. No le gustaba bañarse con frecuencia, a menos que mi abuela, a punta de insulto, lo obligara. La única forma que lo hacía gustosamente era cuando había un muerto. Entonces llegaba contento a la casa, buscaba su mejor pinta, se daba un buen baño y se encoloniaba, y no lo volvíamos a ver hasta después de las nueve noches. Y en las fiestas del pueblo era el parejo de la gigantona, esa muñeca especie de marioneta dirigida por un hombre en zancos.

Mi abuelo Pedro García, un señor alto moreno y con un temperamento pasivo, era otra víctima de los insultos de mi abuela, quien constantemente le decía que era un bueno para nada. Lo que muchas veces no comprendo es cómo habían hecho para tener 10 hijos. Pero mi abuela no solo tenía cosas malas: nos defendía a capa y espada, y más cuando mis hermanos hacían una travesura en la calle y le iban a dar las quejas. Recuerdo que todas las noches nos reunía y a la luz de una linterna nos contaba historias, chistes y adivinanzas. No sé cómo hacía, pero nos refería una historia diferente cada noche, a pesar de ser analfabeta. Ha pasado el tiempo y mi abuela, a sus 97 años, aún sigue repitiendo “Estoy grave. De este año no paso”.



quién es quién

Antonio García

Cali, Valle del Cauca. Graduado en Literatura y en Comunicación por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. En 2001 publicó *Su casa es mi casa*, su primera novela (Norma, 2008); en 2004 fue elegido para el programa Maestros y Discípulos, de la firma relojera Rolex (The Rolex Mentor and Protégé Arts Initiative), con la tutoría de Mario Vargas Llosa; en 2006 publicó su segunda novela, *Recursos humanos*, y en 2010, *Animales domésticos*. En 2007 fue uno de los 39 escritores menores de 39 años representativos de América Latina, en el marco de Bogotá Capital Mundial del Libro. Ha publicado en diversas antologías y escribe para distintas revistas culturales. Es profesor en la Red de Talleres de Escritura Creativa del Ministerio de Cultura, y profesor de Literatura en la Universidad Javeriana y en la maestría de Escritura Creativa de la Universidad Nacional de Colombia.

Carlos Alberto Aguirre

Santa Marta, Magdalena. Egresado de la Normal Nacional para Varones de Santa Marta. Docente de Básica Primaria, en la Institución Educativa Nuestra Señora del Carmen.

José Ángel Castellanos

Málaga, Santander. Egresada de Comercio, en la Universidad de Pamplona, Norte de Santander, con Especialización en Gestión de Proyectos Informáticos.

Enit Ávila

Normalista, licenciada en Idiomas por la Universidad del Atlántico; especialista en Informática y Telemática. Docente de Educación Básica y Media en Regidor, sur de Bolívar.

Édinson Enrique Benavídez

Curumaní, Cesar. Licenciada en educación Básica con Énfasis en Artística, por la Universidad Francisco de Paula Santander de Ocaña; posgrado en Pedagogía de la Recreación Ecológica por La Fundación Los Libertadores de Bogotá. Docente en la Institución Educativa Nuestra Señora del Carmen, La Gloria, Cesar.

Liney Carrascal

Río de Oro, Cesar. Normalista Superior. Actualmente prepara el proyecto de grado en Producción Escrita para obtener mi título de Licenciada en Educación Básica con Énfasis en Lengua Castellana, por la Universidad ICER de Pamplona.

Carlina Ditta

La Gloria, Cesar. Licenciada en Biología y Química por la Universidad Libre; especialización en Recreación Ecológica y Social de la Universidad Los Libertadores. Docente en el Instituto Técnico Integrado, La Gloria, Cesar.

Vladimir Ditta

Rioviejo, Bolívar. Licenciado en Español y Literatura por la Universidad del Magdalena. Especialista en Administración de la Informática Educativa por la Universidad de Santander (UDES). Docente de tiempo completo en la Institución Educativa Antonia Santos, de Regidor, Bolívar.

María Cristina Hernández

Barranquilla, Atlántico. Licenciada en Biología y Química por la Universidad Libre de Colombia; postgrado en Gerencia de Informática por la Universidad Remington, de Medellín; estudiante de Diseño Gráfico en el Centro de Sistemas de Aguachica. Se desempeña en las áreas artísticas, con énfasis en artes plásticas, entre las que incluye modistería, peluquería y diseño de cortes de cabello; ha dictado cinco módulos en la Licenciatura en Pedagogía Artística de la Universidad de Pamplona.

Pedro Daniel Hernández

La Gloria, Cesar. Bachiller Pedagógico de la Normal Diógenes A. Arrieta, de San Juan Nepomuceno, Bolívar. Consagrado a la labor de docente. Asiduo lector.

Zabeida María Hernández

Licenciada en Español y Literatura en la Universidad del Magdalena.

Sary Esther Hoyos

Psicóloga Social de la Universidad Abierta y a Distancia. Diplomada en Psicología Clínica por la Universidad del Área Andina y en Administración y Selección de Personal por la Universidad Remington, de Medellín. Cursos de docencia en el SENA. Ha trabajado en el Instituto Técnico Ángela María Torres y en el Hospital de Becerril.

Jaqueline Jaime

Ocaña, Norte de Santander. Licenciada en Educación Especial en la Universidad de Pamplona, con Diplomados en Derechos Humanos con la Defensoría del Pueblo y en Neuropsicología con el Instituto de Neurociencias INEA, de Bogotá.

José Fernando López

La Gloria, Cesar. Licenciado en Español y Comunicación por la Universidad de Pamplona. Primaria en la Concentración Urbana Mixta y bachillerato en la Institución Educativa José Mejía Uribe, de La Gloria. Cursa especialización en Administración de la Informática Educativa. Cofundador del grupo de teatro Gran Yuma.

Nelys María Lozano

Licenciada en Español y Literatura por Unimagdalena, Santa Marta. Especializada en Pedagogía de la Recreación Ecológica por la Universidad Fundación Los Libertadores, de Bogotá. Docente de la Institución Educativa Nuestra Señora del Carmen, en La Mata, Cesar.

Osiris Luna

Licenciada en Biología por la Universidad Libre; postgrado en Recreación Ecológica y Social de la Universidad los Libertadores.

Clara Sofía Márquez

San Alberto, Cesar. Licenciada en Español y Comunicación por la Universidad de Pamplona; especialización en Pedagogía para el Desarrollo de la Inteligencia por la Universidad de San Gil.

Yadira Mejía

Barrancabermeja, Santander. Licenciada en Español y Literatura y especialista en Recreación Ecológica y Social. Docente de primaria en la Institución Educativa José Mejía Uribe.

Eguis Palma

Tamalameque, Cesar. Licenciado en Lengua Castellana con énfasis en idiomas, de la Universidad del Magdalena; IX semestre en Ciencias políticas y Derecho en la Corporación Universitaria de Ciencia y Desarrollo “Uniciencia” de Bucaramanga; posgrado en Pedagogía de la Lengua Castellana de la Universidad del Bosque Bogotá, y en Administración de la Informática de la Universidad de Santander, Bucaramanga; diplomado en liderazgo docente del Grupo Corona, Bogotá.

Jairo Antonio Romero

Regidor, Bolívar. Licenciado en Ciencias Naturales y Educación Ambiental por la Universidad de Pamplona. Ha realizado diferentes cursos en el SENA. Docente de la Institución Educativa Técnica Agropecuaria Héctor Manuel Vides Ballesteros.

Delis Esther Romero

La Gloria, Cesar. Licenciada en Educación Básica con énfasis en Matemáticas por la Universidad de Pamplona. Auxiliar de Contabilidad egresada del SENA. Docente de la Escuela Rural Mixta Molina.

Jairo Enrique Romero

Regidor, Bolívar. Licenciatura en Ciencias Naturales y Educación Ambiental por la Universidad de Pamplona; ha realizado varios cursos con el SENA, entre otros, mecánica diesel, alimentos concentrados, piscicultura. Coordinador del Programa Ambiental de Control de Aguas Negras de La Hacienda La Gloria, que dirige la doctora Ana María Yánez.

Zulibeth Suárez

Ayacucho, La Gloria, Cesar. Licenciada en Básica Primaria con énfasis en Informática por la Universidad del Magdalena. Docente en la Escuela Rural Mixta Caño Alonso, sede de la Institución Educativa Nuestra Señora del Carmen, La Mata, Cesar.

Aura Piedad Venecia

Licenciatura en Español y Literatura por la Universidad del Magdalena; especialista en Gerencia de Informática por la Universidad Remington, de Medellín. Ha trabajado también en Tamalameque. Escribe guiones de teatro sobre valores.

Rosalbina Zorro

Bogotá, Cundinamarca. Licenciada en Básica Primaria con Énfasis en Matemáticas por la Universidad Iberoamericana INPI de Bogotá; especialista de Computación para la Docencia por la Universidad Antonio Nariño de Valledupar.

Grupo Liebre Lunar

Conformado por María Sol Caycedo, Javier Gil y Clarisa Ruiz, Liebre Lunar Es una fundación dedicada a promover y fortalecer prácticas artísticas, culturales y educativas de calidad, con el fin de hacer de estas un factor esencial para el desarrollo integral y sostenible de las personas y las comunidades. Sus propuestas parten de reconocer que el arte y la cultura movilizan la inteligencia sensible y posibilitan un conocimiento basado en la experiencia y el contacto con lo singular de la vida y el mundo. Estas experiencias artísticas, no siempre presentes en el ámbito escolar, abren la posibilidad de nuevas realidades, nuevos sentidos y nuevas comprensiones acerca de nuestras vidas. A partir de estas premisas, la Fundación diseña e implementa programas y productos culturales, artísticos y educativos que apoyan a entidades públicas y privadas interesadas en proyectar la calidad de la vida en sus contextos de acción .

álbum fotográfico

















**Quiero que cada sábado,
comenzando desde el segundo,
me permitas que te lea mis obras
durante media hora. Quiero ser
aplicado durante tres meses.
Hoy sé ante todo una cosa: el
arte tiene más necesidad de la
artesanía, que la artesanía del
arte. Claro que no creo que uno
pueda obligarse a parir, pero sí a
educar a los hijos.**

Franz Kafka

Y si en China la escritura se confunde con la danza es porque el que escribe y lo que se escribe han llegado a una suerte de extática identificación: el cuerpo es la escritura. Algo que algunos visionarios intuyeron posible, como Franz Kafka cuando dijo que la caligrafía es el sismógrafo del alma.

William Ospina

El oficio de escritor es tal vez el único que se hace más difícil a medida que más se practica. La facilidad con que yo me senté a escribir aquel cuento una tarde no puede compararse con el trabajo que me cuesta ahora escribir una página. En cuanto a mi método de trabajo, es bastante coherente con esto que les estoy diciendo. Nunca sé cuánto voy a poder escribir ni qué voy a escribir. Espero que se me ocurra algo y, cuando se me ocurre una idea que juzgo buena para escribirla, me pongo a darle vueltas en la cabeza y dejo que se vaya madurando.

Gabriel García Márquez

(...) Quienes me quieren dicen que soy un tipo chévere. Yo diría que soy un brujo. Un brujo que tiene la palabra como elemento. Quienes nos dedicamos a estos duros y hermosos oficios, somos eso. Y con esto no quiero decir que seamos mejores o peores que los demás seres humanos. Tenemos ese oficio, como otros tiene oficios maravillosos; como Pelé tuvo el suyo -a quien le tengo tanta envidia, envidia de la buena-, como el astronauta tiene su oficio, como el obrero metalúrgico tiene el suyo. Creo que todos formamos parte de una intrincada red de vida, en la cual el brujo tiene la necesidad de recuperar para la vida la alegría.(...)

Jairo Aníbal Niño

A series of 25 horizontal dashed lines spanning the width of the page, providing a template for handwriting practice.

A series of 25 horizontal dashed lines spanning the width of the page, intended for writing or drawing.

A series of 25 horizontal dashed lines spanning the width of the page, providing a template for handwriting practice.

A series of 25 horizontal dashed lines spanning the width of the page, providing a template for handwriting practice.

A series of 20 horizontal dashed lines spanning the width of the page, intended for writing or drawing.

A series of horizontal dashed lines spanning the width of the page, providing a template for handwriting practice.



San Lucas

Regidor

Catilla

Pelaya

Ciénaga

San Bernardo

Caño Alonso

La Estación

La Gloria

Simaña

La Mata

Molina

Rio Magdalena

Bolívar

Cesar

